

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 25
Nov. dic. - enero. 2022

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

VIENTOS DE GUERRA en Europa (II)

La propaganda burguesa acerca de la guerra abarca todos los aspectos de esta, desde su naturaleza no casual hasta los problemas de armamento, logística, etc. que implica. Y lo hace precisamente porque la cuestión de la guerra, más allá de la ideología pequeño burguesa de la paz o del *homo homini lupus* de los partidos más belicistas, puede ser estudiada y entendida. Para nosotros, marxistas, la guerra es, de hecho, uno de los puntos característicos del mundo capitalista: en ella su evolución cobra sentido, bien sea porque marca un impulso vital para su desarrollo bien porque sintetiza todas las tendencias reaccionarias que combaten para evitar su destrucción a manos de la clase proletaria. Es por esto que, sobre el plano del enfrentamiento bélico, se han dado no sólo los mayores ejemplos de sublevación proletaria, de la Comuna de 1871 a la Revolución bolchevique de 1917, sino los más importantes enfrentamientos en entre la fuerzas realmente revolucionarias y aquellas que lo eran (y lo son) sólo formalmente: ante la guerra colapsó la IIª Internacional debido a que la fuerza que las corrientes pequeño burguesas defensoras de sus respectivos Estados habían cobrado en su seno imposibilitó la recuperación de la organización para sus fines proletarios originales. Pero también fue ante la guerra que las corrientes apolíticas del movimiento obrero, el sindicalismo y el anarquismo, desataron su verdadera naturaleza oportu-

(sigue en pág. 13)

EN ESTE NÚMERO

- Covid 19, control social y «recuperación económica
- Huelga del metal en la bahía de Cádiz: La patronal y la burguesía piden sacrificios y paz, los proletarios responden con la lucha.

El duro camino hacia la emancipación proletaria pasa por la lucha de clases revolucionaria, la conquista del poder político y la instauración de la dictadura proletaria.

En la conferencia pronunciada por Amadeo Bordiga en la Casa del Pueblo de Milán el 2 de julio de 1921, en un momento en el que la revolución proletaria y el movimiento comunista internacional se basaban en la victoriosa revolución socialista de Rusia y en la Internacional Comunista que se había creado en 1919 como líder del movimiento proletario mundial, bajo el título *De la economía capitalista al comunismo*, tras esbozar la transición, históricamente previsto por el marxismo «entre dos épocas, dos historias, dos regímenes», Bordiga subrayó el duro camino de la victoria proletaria que, tras la toma violenta del poder político por el proletariado revolucionario y bajo la férrea dirección de su partido de clase, debía dedicarse, sin dejar de combatir a las fuerzas burguesas e imperialistas del mundo, a la transformación económica en el país donde la revolución proletaria había triunfado. Ese duro camino de la victoria proletaria no permitía una transición gradual y pacífica, como si la victoria revolucionaria en un país abriera automáticamente la victoria revolucionaria en todos los demás países. La burguesía capitalista e imperialis-

ta nunca se rendiría, ni mucho menos. Como afirmaba Trotsky, cuanto más se acerca la muerte de la sociedad capitalista, más multiplica la burguesía sus fuerzas de resistencia, que se basan no sólo en la estructura económica capitalista de la sociedad, que no puede ser eliminada de una vez, sino también en la fuerza social y política con la que la burguesía atrae a su campo y a su defensa no sólo a las capas de la pequeña y mediana burguesía, sino también a capas no indiferentes del proletariado mediante el trabajo de las fuerzas del oportunismo y del colaboracionismo interclasista. Por lo tanto, la revolución proletaria y comunista no sólo debe vencer en la insurrección, sino que debe consolidar la victoria en una firme y sólida dictadura de clase ejercida por el partido de clase, por el partido comunista revolucionario al margen de cualquier alianza o reparto de poder con otras fuerzas sociales, que declara abiertamente. En efecto, la dictadura proletaria no necesita camuflarse con falsas formas democráticas, como hace la dictadura burguesa, porque, a diferencia de ésta, es la expresión de la ma-

(sigue en pág. 2)

Colombia: crisis y revuelta

Durante los meses de mayo y junio se vivió en Colombia una verdadera sublevación social cuyos ecos todavía no se han acallado. El resultado de esta convulsión, además de un reguero de muertos civiles a cargo del Estado colombiano como no se veía desde los peores tiempos de la guerra contra las FARC, es todavía incierto: si bien el gobierno de Duque, apoyado más que nunca en el ejército y en sus terribles escuadrones policiales, puede preciar tanto de haber logrado restablecer la calma y de mantener unidos en torno a sí a los principales imperialismos con intereses en la región (España y EE.UU. esencialmente) así como a prácticamente todas las potencias regionales, no puede can-

tar victoria aún. De la misma manera que las revueltas de 2019 y 2020 nunca pudieron ser sofocadas del todo y, persistiendo sus causas, dieron lugar al vendaval de la pasada primavera, la «paz» lograda en esta ocasión no puede presumirse sin más como duradera.

Es cierto que la causa que desató las protestas en el mes de mayo, la reforma fiscal impuesta por el gobierno, fue retirada. Pero lo fue a las pocas semanas de comenzar la revuelta y con ello no se logró sofocar esta. De hecho tras esta reforma, que volverá a ser puesta encima de la mesa de una manera u otra con el tiempo, se esconde la debilidad de la

(sigue en pág. 10)

El duro camino

(viene de la pág. 1)

yoría de la población.

El objetivo fundamental de la revolución es sin duda la toma del poder político, pero ¿para qué? Marx, Engels, Lenin han sostenido con una excepcional continuidad teórica, política y práctica, demostrándolo materialista e históricamente, que la clase proletaria, la clase de los no calificados, la clase productora por excelencia debe romper la máquina estatal burguesa, tanto más si es tan engañosa como la democrática y parlamentaria, y pasar a la demolición de todo el aparato de defensa política, económica y militar, y el aparato de defensa militar de la sociedad capitalista, para poder empezar a construir sobre sus escombros una sociedad completamente nueva que ya no tendrá como objetivo responder a las necesidades del capital y del mercado oprimiendo a la gran mayoría de la población mundial, sino a las necesidades de la sociedad humana, de la sociedad de la especie. Bordiga, en esa conferencia de 1921, concluyó afirmando que «no hay más alternativa que esta lucha por la demolición de un mundo opuesto para salvar las energías que deben construir un mundo nuevo, o bien la muerte lenta, la muerte por asfixia».

Sin fantasear ni con utópicas ciudades-sol que broten espontáneamente de la podredumbre de la actual sociedad capitalista, ni con ilusorias tomas de conciencia por parte de cada individuo para mejorar sus condiciones personales de existencia por la simple voluntad de cambiarlas, ni con caminos nacionales graduales a través de los cuales, reformando poco a poco los mil engranajes del sistema capitalista, se pueda alcanzar una sociedad «más humana», «más justa», «más igualitaria», El marxismo -sobre la base del materialismo histórico y dialéctico- ha descubierto el ineludible curso histórico de las sociedades divididas en clases que, con el capita-

lismo, ha alcanzado su máxima expresión posible. La alternativa positiva al capitalismo no es una atenuación gradual de sus contradicciones; esta atenuación no es posible porque el contraste entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las formas de producción en las que se ven forzadas no puede ser eliminado sino por la destrucción de estas formas de producción. Sólo con la destrucción de las formas de producción capitalistas, es decir, de las relaciones burguesas de producción, intercambio y propiedad, se abre la posibilidad de eliminar las contradicciones del capitalismo con todas sus consecuencias nefastas para la sociedad, y de superar los límites que el modo de producción capitalista ha creado y recrea continuamente, a pesar de su desarrollo, a la producción social y a la vida social del hombre. Esta «liberación» de las fuerzas productivas no es el resultado automático de su desarrollo intrínseco y contradictorio. La sociedad se ha desarrollado a lo largo de la historia a través de la lucha de clases en la que, en definitiva, se expresa, por un lado, el empuje progresivo del desarrollo de las fuerzas productivas debido al progreso de la economía productiva y, por otro, el freno, el obstáculo a ese mismo desarrollo, hasta llegar a la sociedad capitalista en la que sólo hay dos clases principales de cuyo enfrentamiento depende el futuro de la sociedad humana: la burguesía, clase aún dominante, y el proletariado, clase aún dominada. Y al igual que en el curso histórico de las anteriores sociedades divididas en clases, también para la sociedad capitalista su desarrollo sólo puede conducir a la maximización de los contrastes de clase, al choque general y final entre la clase dominante burguesa y la clase proletaria. La revolución es históricamente inevitable.

LA CLASE BURGUESA TIENE UN TIEMPO HISTÓRICO DEFINIDO. SU DOMINACIÓN SÓLO SERÁ ROTA POR LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

La burguesía es dueña de todo, de los medios de producción, del intercambio y de toda la producción social; y todo ello constituye el capital; la burguesía es, por tanto, la máxima expresión social del modo de producción capitalista. El proletariado, que en el modo de producción capitalista no posee nada, es la clase de los no cualificados, constituye la fuerza de trabajo que se aplica a los medios de producción y de intercambio; frente al capital representa el trabajo asalariado y es, de hecho, la fuente de la riqueza social producida en el capitalismo. La explotación del trabajo asalariado permite a la burguesía revalorizar el capital utilizado para la

producción y el intercambio, es decir, permite que el capital aumente su valor inicial añadiendo una plusvalía; y esta plusvalía es generada exclusivamente por el tiempo de trabajo no remunerado -es decir, el trabajo sobrante- del proletario, ya que en la jornada laboral sólo una parte de las horas trabajadas corresponde al salario que necesita para sobrevivir, mientras que las demás horas son tiempo de trabajo cedido al capitalista; Se trata, pues, de un valor que se transmite en el producto acabado, como los demás valores del capital fijo, pero que procede exclusivamente de la fuerza de trabajo de la que el capitalista se apodera sin pagarle ninguna forma de compensación ulterior. Mediante la apropiación de toda la producción social que, como sabemos, está destinada al mercado, la burguesía se apodera de toda la plusvalía. El proletariado, por tanto, además de sufrir la explotación de su fuerza de trabajo con fines exclusivamente mercantiles, también sufre el robo de sus horas de trabajo no remuneradas, entregando a la burguesía el dominio económico, social y político absoluto sobre la sociedad. Está claro que sólo a través de su lucha por defender sus condiciones de existencia en la sociedad burguesa, el proletariado es capaz de aliviar el peso y las consecuencias más brutales de esta explotación; pero, al permanecer dentro de las relaciones burguesas de producción, intercambio y propiedad, sus condiciones de existencia siguen y seguirán dependiendo exclusivamente de los intereses de la clase dominante burguesa, incluso en las situaciones en las que el nivel de vida del proletariado, gracias a sus luchas y también al desarrollo del propio capitalismo, se eleva (lo que ocurre especialmente en el caso de ciertas capas del proletariado y, desde luego, del proletariado de los países imperialistas que explotan y oprimen a los pueblos y países más débiles).

El capitalismo funciona a través de la actividad económica, comercial y financiera dividida en empresas separadas, que responde a las relaciones de propiedad burguesa impuestas a la sociedad, mediante las cuales los capitalistas se aseguran la propiedad privada del capital y la apropiación privada de la producción social. Las empresas tienen como único punto de referencia el mercado, nacional e internacional, en el que venden sus productos, sometidos a una lucha de competencia en la que cada empresa intenta superar a su competidor. Hay muchas formas de «ganar» la competencia, desde los menores costes de producción (tanto de materias primas como de mano de obra) y las técnicas de producción y venta más innovadoras, hasta la mayor cantidad de bienes producidos en el mismo tiempo, pasando por las facilidades obtenidas mediante las más diversas maniobras para agilizar cada una de las opera-

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros

C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa del Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj 28001 -
Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

ciones necesarias para la actividad económica emprendida, hasta los recursos financieros que necesita cada empresario para adquirir medios de producción, materias primas y mano de obra. Y, por último, pero no por ello menos importante, las conexiones políticas útiles para acortar los plazos de las autorizaciones administrativas, para conseguir contratos, para obtener financiación, para frenar la actividad de los competidores nacionales o extranjeros, para encubrir las actividades ilegales propias y descubrir las de los competidores, etc. El mundo capitalista no es sólo innovación técnica, descubrimientos revolucionarios de nuevos materiales y nuevos sistemas de producción, soluciones tecnológicas en el campo de la comunicación, el procesamiento de materiales, la automatización de una serie interminable de procesos de trabajo; es también una organización cada vez más eficaz y eficiente de la fuerza de trabajo humana sometida a la máxima explotación posible en la unidad de tiempo para explotar sistemáticamente cada capital y cada una de sus fracciones en el menor tiempo posible. La plusvalía extraída de la explotación del trabajo asalariado es la verdadera ganancia del capitalista; y ningún capitalista renunciará jamás a esta ganancia. Por lo tanto, la clase capitalista no tiene alternativa: para vivir, debe seguir explotando el trabajo asalariado en todos los rincones del mundo, directa o indirectamente, y debe encontrar continuamente salidas al mercado para colocar y vender sus mercancías, en una lucha de competencia que, con el desarrollo del propio capitalismo, se agudiza cada vez más.

Pero el capitalismo, mientras por un lado empuja su sistema económico organizado por empresas a producir cantidades cada vez mayores de mercancías para ponerlas en el mercado, por otro lado, cuando los mercados se atascan, encuentra cíclicamente crisis de sobreproducción: las mercancías producidas se quedan sin vender. El mercado resulta ser el verdadero mundo del capitalismo, y en cierto sentido también su *deus ex machina*, del que depende el buen funcionamiento o no de la producción y, por tanto, de la vida humana. Es el propio mercado el que muestra cómo en el sistema capitalista hay un despilfarro excepcional de energías productivas, en términos de capital invertido, trabajo empleado, productos inservibles, además de hacer evidente para todos que la producción capitalista consiste cada vez más en una producción inútil y dañina (pero extremadamente rentable para los capitalistas en general, no sólo para los empresarios y los delincuentes) frente a la producción de bienes necesarios para la vida de todos los seres humanos. Con los mercados atascados, las fábricas cierran, los trabajadores son

despedidos, el desempleo aumenta, la pobreza se incrementa, masas cada vez más grandes no tienen qué comer, y los estados se ven obligados de alguna manera a acudir en su ayuda para evitar que las inevitables tensiones sociales creadas por las crisis desemboquen en disturbios y revueltas. El capitalismo muestra así su verdadero rostro: no puede satisfacer las necesidades de todos porque tiene que satisfacer las necesidades de los pocos que poseen el capital, cueste lo que cueste, aunque genere despilfarro, destrucción y guerras. La sobreproducción, en efecto, no se refiere sólo a las mercancías, sino también a esa mercancía particular que es la fuerza de trabajo asalariada, el proletariado, una parte del cual, al no ser explotada útilmente, es descartada, arrojada a la calle, marginada y, como la basura, dejada pudrirse en la inanición, en los barrios de chabolas; Y cuando esta mano de obra no se da por vencida y trata de emigrar a otras tierras, a otros países, buscando una forma de sobrevivir, atravesando bosques, desiertos, montañas o mares, seguro que se enfrenta a una explotación o represión aún más bestial, a la tortura, a la muerte.

Para sobrevivir, la clase burguesa dominante tiene que chupar la sangre de las masas proletarias explotadas, y para seguir viviendo, tiene que deshacerse de las mercancías no vendidas y del trabajo excedente cada cierto tiempo. Para correr más rápido en la lucha por la competencia y para acaparar nuevos mercados, se crean factores de crisis cada vez más devastadores, mientras que las masas proletarias se ven abocadas a una muerte lenta en la explotación y el desempleo cotidianos o a una muerte rápida en las guerras de robo burguesas.

El capitalismo ha demostrado históricamente, y durante mucho tiempo, ser una sociedad deshumanizada. Su mundo es un mundo de violencia, opresión, explotación, desastre y guerra. No puede prescindir de ella, porque es la única forma de sobrevivir. Y el hecho de que su sociedad no puede ser reformada lo demuestran las dos guerras mundiales que marcaron el siglo XX, de las que la clase dominante burguesa sacó aún más fuerza para seguir dominando, creando, sin embargo, factores de crisis aún más agudos que los que, según la propaganda democrática, deberían haber sido superados para dejar el campo libre a una convivencia entre estados y pueblos que se suponía iba a traer... la paz y el bienestar a toda la humanidad. Así lo demuestran todas las guerras que las potencias imperialistas han desencadenado directa o indirectamente en todos los rincones del planeta en una lucha competitiva que ha adquirido las dimensiones de una guerra permanente entre Estados.

¿Qué es, en realidad, la paz para el capitalismo imperialista? Es el perio-

do de respiro entre una guerra y otra. La guerra, para la burguesía, es la oportunidad de rejuvenecer el capitalismo, de superar la crisis de sobreproducción mediante la destrucción de enormes masas de fuerzas productivas, gracias a la cual la destrucción y la necesaria reconstrucción de posguerra, vuelven a poner en marcha la máquina productiva capitalista. Sucedió inmediatamente después de la primera guerra imperialista mundial; sucedió después de la segunda guerra imperialista mundial, y sucede después de cada guerra local que ha habido desde entonces, aunque con resultados menores que la reconstrucción que siguió a la gran destrucción de la segunda guerra mundial.

¿Han desaparecido las crisis económicas y financieras desde 1945? Una vez superada una crisis, le siguió la siguiente, y así sucesivamente en una trágica persecución hasta la actual crisis económica que, combinada con la pandemia de coronavirus, ha vuelto a hundir a todas las grandes economías mundiales.

Pero, ¿qué medios utiliza la burguesía para superar las crisis bélicas? Los mismos medios que utiliza para superar las crisis económicas y financieras, tal y como se recoge en el Manifiesto de 1848: «por un lado, mediante la destrucción forzosa de una masa de fuerzas productivas; por otro, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos», medios que en realidad preparan «crisis más generales y violentas» que, a su vez, tienden a preparar «la disminución de los medios para evitar las propias crisis».

Pero si los mercados están atascados provocando la crisis de sobreproducción, ¿cómo conquista la burguesía «nuevos mercados»? Es precisamente la destrucción de una masa masiva de fuerzas productivas provocada por la crisis la que abre al capitalismo, mediante la necesaria reconstrucción, nuevos mercados y, para las potencias imperialistas más fuertes, la posibilidad de conquistarlos; por supuesto, en una lucha de competencia cada vez más desenfrenada en la que surgen nuevos competidores del propio desarrollo capitalista. De hecho, el capitalismo no terminó su desarrollo en el mundo con la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, cuanto más masiva fue la destrucción durante la guerra, más oportunidades de reconstrucción se crearon; esto no convierte automáticamente a las viejas potencias imperialistas en las nuevas potencias dominadoras del mercado porque el desarrollo del capitalismo, incluso en su desigualdad congénita, crea otros polos imperialistas que inevitablemente compiten con los antiguos.

El caso de Alemania en el siglo XX

(*sigue en pág. 4*)

El duro camino

(viene de la pág. 3)

es llamativo, al igual que el caso más reciente de China. Esta tendencia histórica no hace más que aumentar las tensiones provocadas por la competencia entre los imperialismos, competencia que ha llegado a tal nivel que exige un estado de guerra permanente: la superproducción continua exige una destrucción continua.

El modo de producción capitalista, mientras que por un lado tiende a desarrollar constantemente las fuerzas productivas, por otro lado necesariamente tiene que destruirlas constantemente para dar cabida a nuevos ciclos de producción, y esta es su mayor limitación: el desarrollo de las fuerzas productivas es frenado cíclicamente por las formas de producción e intercambio burguesas. Y las crisis cíclicas del capitalismo son inexorablemente seguidas en algún momento por crisis generales de guerra.

Esta tremenda espiral sólo puede ser detenida por la revolución proletaria, la revolución de la clase que produce toda la riqueza social y que representa, en su lucha de clase contra la burguesía, el desarrollo real e ilimitado del poder productivo.

La única fuerza social capaz de impedir que el capitalismo siga dominando la sociedad y desarrollando sus contradicciones destructivas -todas sus opresiones, crisis y guerras- es el proletariado revolucionario, que, siempre que esté dirigido por su partido de clase y en una situación general de maduración de los factores de crisis revolucionaria, se lanza a la conquista del poder político para derrocar al Estado burgués y toda la superestructura política, económica, cultural y religiosa que contribuye a poner el poder político y económico total en manos de la clase burguesa.

Derribar, romper, suprimir el Estado burgués, en la revolución proletaria que tiene como objetivo inmediato la constitución del proletariado como clase dominante estableciendo su dictadura de clase. Abolir, romper, suprimir, son verbos utilizados por Marx, Engels, Lenin y que la corriente de la Izquierda Comunista a la que nos referimos directamente ha reiterado intransigentemente en todos los periodos de la lucha contra el reformismo de Turati, el chovinismo de la Segunda Internacional, el maximalismo de Serrati, el oportunismo antifascista frenetista y democrático, el nacional-comunismo estalinista con todas sus variantes nacionales.

SOBRE LA ABOLICIÓN DEL ESTADO Y LA EXTINCIÓN DEL ESTADO EN LA SOCIEDAD SIN CLASES

Marx, el 5 de marzo de 1852, escribiendo a Joseph Weydemeyer en Nue-

va York (1), subraya sucintamente los aspectos fundamentales del propósito histórico de la lucha de clases, partiendo del hecho histórico incontrovertible de la existencia de las clases y su lucha mutua: «En lo que a mí respecta, no es mi mérito haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna y su lucha mutua. Mucho antes que yo, los historiadores burgueses describieron el desarrollo histórico de esta lucha de clases y los economistas burgueses su anatomía económica. Lo que he hecho de nuevo es: 1) demostrar que la existencia de las clases está ligada puramente a ciertas fases históricas del desarrollo de la producción; 2) que la lucha de las clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3) que esta dictadura en sí misma no constituye más que la transición a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases» (2).

En todas las obras de Marx, Engels y Lenin no hay una sola línea que contradiga estos tres puntos fundamentales. Y no es casualidad que el punto más difícil sea el segundo, que se refiere a la inevitabilidad de la dictadura del proletariado como resultado histórico de la lucha de clases. El propio Lenin, en la lucha contra todas las formas de oportunismo, afirmará con firmeza que no es marxista quien no sostenga que la lucha de clases es una lucha política y que, a través de la revolución proletaria, debe conducir a la dictadura de clase del proletariado. Cuando hablamos de clase desde el punto de vista histórico, y por tanto revolucionario, hablamos del conjunto de grupos humanos formados en la sociedad sobre la base del desarrollo de la producción, unidos por intereses económicos y políticos generales muy precisos. Este concepto se aplica evidentemente a la clase burguesa, la clase todavía dominante, y se aplica también a la clase proletaria, aunque el proletariado moderno no puede basar su fuerza social en un modo de producción ya iniciado dentro del propio capitalismo, lo que le pondría en condiciones de representar una revolución económica ya en marcha que sólo necesitaría una revolución política para deshacerse de las limitaciones superestructurales que impiden su libre desarrollo mundial. Todas las clases revolucionarias anteriores pudieron basar su movimiento en el nuevo modo de producción que ya se estaba desarrollando dentro de la vieja sociedad; no así el proletariado. El objetivo de la clase que representaba el nuevo modo de producción era desarrollarlo al máximo, pero siempre sobre la base de la propiedad privada, derribando todos los obstáculos jurídicos, administrativos y políticos que impedían su desarrollo, pero también era imponer una nueva clase dominante en una sociedad siempre dividida en clases. Y este proceso de desarrollo

se mantiene hasta la aparición de la sociedad capitalista y de la clase burguesa que representa sus intereses generales y específicos en su calidad de clase dominante; una sociedad en la que el desarrollo de las fuerzas productivas ha roto de hecho todas las restricciones que limitaban el desarrollo del mercado nacional e internacional. Pero es el propio mercado nacional e internacional el que condena a esta sociedad a limitar e interrumpir el desarrollo de las fuerzas productivas en virtud de las relaciones burguesas de producción, intercambio y propiedad que la dominan. La clase burguesa, que representa económica, social y políticamente la dominación del capitalismo sobre la sociedad, fue la clase revolucionaria en la época de la revolución histórica antifeudal, pero se volvió conservadora y reaccionaria en las épocas posteriores de desarrollo de su propia economía. Cuanto más se desarrollaban las fuerzas productivas, más presionaban sobre las relaciones sociales y de producción existentes, tendiendo a romperlas; y cuanto más la clase burguesa dominante, para mantener su dominio político y social, tenía y debe reprimir a las clases subalternas que se ven objetivamente impulsadas a rebelarse contra las condiciones de existencia en las que se ven obligadas a vivir.

El marxismo ha descubierto que el desarrollo de las fuerzas productivas tiene lugar a través de fases históricas en las que se forman las clases sociales, dividiéndose en clases dominantes y clases dominadas que luchan entre sí sobre la base de sus respectivas condiciones de existencia social, poniendo así en cuestión las relaciones sociales existentes; y que la sociedad capitalista es la última sociedad dividida en clases que ha podido soportar el desarrollo de las fuerzas productivas. Después del capitalismo sólo puede existir la sociedad sin clases, es decir, una sociedad basada en el desarrollo de las fuerzas productivas sin las limitaciones y contrastes debidos a los intereses de supervivencia de cada clase.

La sociedad por la que lucha el proletariado moderno, la sociedad sin clases, es una sociedad basada en la más amplia y racional producción social dada por el desarrollo armónico de las fuerzas productivas después de abolir tanto la propiedad privada de los medios de producción como la apropiación privada de la producción social; sólo puede aparecer después de destruir todas las relaciones burguesas de producción y de propiedad que ahogan el desarrollo de las fuerzas productivas: el estado político, el trabajo asalariado, el sistema mercantil con todo su equipamiento de capital, comercio, dinero, y toda forma de opresión derivada de este sistema.

Pero esta sociedad no se crea por germinación espontánea a partir de la

sociedad capitalista, ni injertando en su tronco socioeconómico una distribución diferente de la riqueza social, dejando intactas las relaciones de propiedad, producción e intercambio que, en realidad, constituyen los propios obstáculos al desarrollo de las fuerzas productivas. Obstáculos económicos, sociales y políticos que deben ser destruidos, y para cuya destrucción la propia sociedad capitalista ha proporcionado la fuerza social que se hará cargo de ellos: el proletariado, la clase de los no calificados, el portador histórico de la lucha por la sociedad sin clases. La clase proletaria está descalificada en el régimen burgués porque es la burguesía la que posee todos los medios de producción y la producción misma; pero la condición de descalificada en el régimen de producción social -como es la producción capitalista- predispone dialécticamente a la negación de la propiedad privada de los medios de producción y de la producción social, sustituyéndola por su propiedad colectiva, es decir, por la propiedad social en todos los sentidos, que permitirá a cada miembro de la sociedad sin clases contribuir a la producción social y al trabajo, según sus capacidades, y obtener de la sociedad según sus necesidades. De hecho, la gran novedad con respecto a la sociedad capitalista es que nadie podrá apropiarse del trabajo de los demás (y en esto se puede leer la abolición del trabajo asalariado, por tanto, tanto de los capitalistas que compran la fuerza de trabajo como de los proletarios que tienen que venderla), ni de los medios de producción (incluida la tierra); desaparecerá, por tanto, la obligación de los no cualificados, para vivir, de vender su fuerza de trabajo a cualquier propietario de medios de producción e intercambio, a cualquier propietario de capital. Por lo tanto, también el capital, con su corolario de mercancías y dinero, ya no servirá a nadie porque ya no habrá apropiación privada de los productos, ya no habrá explotación del trabajo ajeno que se pague en salarios, ya no habrá mercancías (valores de cambio) que se vendan y se compren, sino sólo productos (valores de uso) necesarios para la vida social de la especie humana, y por lo tanto ya no habrá mercado, competencia, bancos con sus relativos abusos y guerras. La sociedad sin clases, es decir, el comunismo, es el objetivo histórico de la lucha de clases del proletariado, que tiene lugar a través de la revolución para tomar el poder político y establecer su dictadura de clase. Una lucha que se basa en la condición material del proletariado como clase asalariada, pero que no es capaz de desarrollarse a lo largo de la historia hasta su objetivo final sino bajo la dirección de su partido de clase. De hecho, el proletariado, aunque constituye la inmensa mayoría en la sociedad burguesa, no po-

see nada, no puede derivar su fuerza de la propiedad económica propia y privada como hacía la burguesía en el feudalismo. El proletariado está desnudo, pero tiene la fuerza del número de su lado. Siendo ante todo una clase para el capital -de hecho sólo existe como fuerza de trabajo asalariado, por lo que su vida depende en todos los sentidos del capitalista que la compra- su fuerza en número puede ser utilizada en beneficio de los capitalistas, y por tanto de la clase dominante burguesa, o en beneficio de ella misma como clase histórica (convirtiéndose en clase para sí misma) que tiene objetivos completamente opuestos a los de los capitalistas y que el marxismo ha definido como objetivos comunistas. Incluso su lucha, no sólo política sino también económica, puede girar a favor de los capitalistas o a favor del proletariado. La historia nos ha dado muchos ejemplos de ello.

El problema es que la burguesía tiene todo el interés en aprovechar la inferioridad en la que obliga a vivir a las masas proletarias para influirlas ideológicamente de la misma manera que la iglesia: los sacerdotes propagan la resurrección de las almas después de la muerte, condicionando su destino, ya sea en el Paraíso o en el Infierno, en función de la vida transcurrida en esta tierra vivida bajo la bandera de la resignación a la «voluntad de Dios» o no; los burgueses propagan la «redención social» para mejorar las condiciones en las que se nace en esta sociedad, a través de la voluntad individual y el respeto a las reglas sociales existentes, basando todo posible «cambio» (individual o social) en la simple expresión del propio pensamiento y voluntad con la esperanza de encontrarse con la buena fortuna y no con la mala. Sacerdotes y burgueses se reparten las tareas: los sacerdotes se dedican al consuelo de los explotados, de los pobres, de los abandonados, convenciéndoles de que su miserable vida en esta tierra será compensada en la bienaventuranza del reino de los cielos; los burgueses, aprovechando el dominio social de su clase, se dedican a sus propios intereses, a sus propios negocios, a sus propios beneficios y, dirigiéndose a los proletarios, sean pobres o abandonados, dicen que la forma de «mejorar» las desgraciadas condiciones en las que han nacido y en las que viven sólo está en sus manos, en sus ambiciones personales y, por supuesto... en la suerte. En cualquier caso, a los proletarios sólo les queda esperar en el buen Dios o en la diosa Fortuna....

La burguesía, habiendo necesitado históricamente la fuerza de choque proletaria para derrocar a los poderes feudales y a todos sus aparatos políticos y administrativos, y para convertirse en la clase dominante, tuvo que construir una ideología que, al menos en palabras y en conceptos ge-

nerales, diera al proletariado, que sólo podía luchar en nombre de la burguesía en el período de la revolución anti-feudal, la sensación de ganar algo también para sí mismo. La democracia republicana, en lugar de la odiada autocracia de la nobleza, cumplió su cometido acuñando sus nuevos símbolos: la libertad, la igualdad, la fraternidad, símbolos que además se combinaron sin esfuerzo con la ideología religiosa que se adaptó a la nueva división de clases de la sociedad. Pero, con la «libertad» burguesa, la lucha entre las clases no desapareció; se redujo cada vez más al enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado, que se convirtieron en las dos clases principales de la sociedad capitalista. De hecho, es en la lucha entre estas dos clases donde se determina la posibilidad de que la burguesía mantenga su poder y siga viviendo de la explotación del trabajo asalariado, y que el proletariado, luchando contra la competencia entre trabajadores que la burguesía alimenta constantemente, se emancipe de la esclavitud asalariada derrocando el poder político burgués y transformando la economía existente en una economía socialista. «La condición más importante para la existencia y la dominación de la clase burguesa», afirma el Manifiesto de Marx-Engels, «es la acumulación de la riqueza en manos privadas, la formación y la multiplicación del capital; la condición del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado se basa exclusivamente en la competencia entre trabajadores. El progreso de la industria, del que la burguesía es un vehículo involuntario y pasivo, sustituye el aislamiento de los trabajadores resultante de la competencia por su unión revolucionaria resultante de la asociación. Por lo tanto, con el desarrollo de la gran industria, se quita de debajo de los pies de la burguesía el propio suelo sobre el que produce y se apropia de sus productos. Produce ante todo sus propios entierros. Su desaparición y la victoria del proletariado son también inevitables». En la perspectiva histórica de la lucha de clase y revolucionaria del proletariado, que no se realiza en el curso de un intento revolucionario, sino en el curso de varios intentos en los que las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución proletaria maduran a escala mundial, la emancipación del trabajo asalariado abre el camino a la emancipación de toda la humanidad de todo tipo de opresión, precisamente porque la sociedad a la que conducirá la victoria del proletariado mundial será la sociedad sin clases, en la que ya no existirá la clase que produce toda la riqueza pero no posee nada, ni la clase que se apropia de toda la riqueza social producida sobre la base de la explotación del trabajo de la clase

(sigue en pág. 6)

El duro camino

(viene de la pág. 1)

productora. Esta es una perspectiva que pasa inevitablemente por la vía revolucionaria y la instauración del proletariado como clase dominante.

La revolución proletaria y la instauración de la dictadura de clase del proletariado tienen fines completamente diferentes a los de todas las revoluciones anteriores. En las sociedades anteriores la propiedad privada y el Estado no fueron abolidos; lo que cambió fueron las clases que, habiendo llegado al poder, sacaron el mayor provecho de ellos y los utilizaron para oprimir a las clases inferiores, que siempre han sido la mayoría, adaptando el Estado a sus propios intereses de clase (3), mientras que la propiedad privada pasó, mediante la expropiación violenta, de las antiguas clases dominantes a la nueva clase dominante. «Todas las clases que hasta ahora han alcanzado el poder», escribe el Manifiesto, «han tratado de asegurar la posición de vida ya adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su adquisición», y todos los movimientos sociales anteriores «han sido movimientos de minorías, o se han producido en interés de minorías». El Estado no es más que «el órgano de la dominación de clase, un órgano de opresión de una clase por otra; es la creación de un «orden» que legaliza y consolida esta opresión moderando el conflicto entre las clases» (Lenin, Estado y revolución); es, pues, «el producto y la manifestación de los antagonismos irreconciliables entre las clases». El Estado aparece allí, donde, cuando y en la medida en que los antagonismos de clase no pueden conciliarse objetivamente. Y, a la inversa, la existencia del Estado demuestra que los antagonismos de clase son irreconciliables» (Ibid.). Esto se aplica también al Estado proletario que sustituirá al Estado burgués durante todo el período de transición del capitalismo al socialismo -por tanto, el largo período de la dictadura proletaria y de la revolución proletaria internacional-, aunque la dirección histórica hacia la que se dirige el movimiento del proletariado revolucionario es la de una sociedad sin clases, y por tanto sin Estado, y por tanto sin el órgano de opresión de una clase por otra.

El Estado no sólo es la administración centralizada de los intereses de la clase dominante, sino que es, a través de su poderío militar, el defensor armado de estos intereses. El Estado no es un organismo neutral, sino de dominación de clase. En la sociedad capitalista es el defensor armado de los intereses de la clase dominante burguesa. Por eso la revolución proletaria no puede utilizar el Estado burgués para establecer su propia dominación de clase; debe romper esta má-

quina, este enorme edificio de poder burgués centralizado que expresa la dictadura de clase de la burguesía y sustituirlo por el Estado proletario, por la dictadura de clase del proletariado. La transición de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, a la sociedad plenamente comunista, no se produce por decreto, no se produce al día siguiente de la insurrección revolucionaria victoriosa como siempre han imaginado los anarquistas. Esta transición es un proceso de transformación largo, contrastado, violento e internacional; la clase burguesa nunca renunciará al poder que ha ganado y mantenido durante más de dos siglos. La historia de las luchas de clases ha demostrado que la transición de la vieja a la nueva sociedad no es ni gradual, ni lineal, ni siquiera pacífica; y que las revoluciones proletarias que han aparecido en el horizonte desde 1848 han sido todos intentos fallidos hasta ahora, pero que indican claramente que la actual sociedad burguesa no es capaz de resolver de una vez por todas los conflictos de clase que sus propias contradicciones y crisis generan constantemente. Queda confirmado sin lugar a dudas que la única clase revolucionaria en la sociedad moderna es el proletariado, la clase de los asalariados, la clase que se ha dotado, a través de la lucha entre clases, de una teoría científica -el marxismo- que es la mejor que ha creado la humanidad durante el siglo XIX, superando todas sus limitaciones: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés (Lenin, Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo); algo que ninguna otra teoría burguesa ha podido refutar.

Es evidente que los objetivos históricos de la burguesía y del proletariado son completamente opuestos -la burguesía establece una nueva sociedad dividida en clases, y por lo tanto necesita un estado supercentralizado para mantenerla viva; el proletariado lucha contra cualquier sociedad dividida en clases, y por lo tanto también contra el estado que la representa-; es por lo tanto natural que Lenin, retomando a Engels (Antidühring) en la cuestión de la extinción del estado, insista en el concepto de la extinción del estado y no de su abolición. Lenin, de hecho, toma un pasaje del Antidühring para aclarar cómo las palabras de Engels fueron (y son) habitualmente falsificadas de manera oportunista. El pasaje es un poco largo, pero los lectores comprenderán la necesidad de no cortarlo, y es éste:

«El proletariado toma el poder del Estado y, en primer lugar, transforma los medios de producción en propiedad del Estado. Pero al hacerlo se suprime a sí mismo como proletariado, suprime todas las diferencias de clase y todos los antagonismos de clase, y también suprime al Estado como Estado. La sociedad que ha existido hasta

ahora en el plano de los antagonismos de clase necesitaba el Estado, es decir, una organización de la clase explotadora en todo momento, para preservar las condiciones externas de su producción y, por tanto, especialmente para mantener a la clase explotada por la fuerza en las condiciones opresivas del modo de producción existente (esclavitud, servidumbre, servidumbre feudal, trabajo asalariado). El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo visible, pero lo era en la medida en que era el Estado de aquella clase que para su época representaba a toda la sociedad: en la antigüedad era el Estado de los ciudadanos propietarios de esclavos, en la Edad Media el Estado de la nobleza feudal, en nuestra época el Estado de la burguesía. Pero al final, al convertirse efectivamente en representante de toda la sociedad, ella misma se vuelve superflua. En cuanto ya no haya clases sociales que mantener en la opresión, en cuanto, con la eliminación de la dominación de clases y la lucha por la existencia individual basada en la anarquía de la producción que ha existido hasta ahora, se eliminen también las colisiones y los excesos que surgen de todo ello, ya no habrá nada que reprimir que hiciera necesaria una fuerza represiva concreta, un Estado. El primer acto por el que el Estado se presenta realmente como representante de toda la sociedad, a saber, la toma de posesión de todos los medios de producción en nombre de la sociedad, es al mismo tiempo su último acto independiente como Estado. La intervención de una fuerza estatal en las relaciones sociales se vuelve superflua sucesivamente en cada campo y luego fracasa por sí misma. En lugar del gobierno sobre las personas aparece la administración de las cosas y la dirección de los procesos de producción. El Estado no está «abolido»; está extinguido» (4) [la negrita es nuestra].

Pues bien, Lenin aclara un aspecto decisivo contenido en el pasaje citado de Engels para comprender la dinámica de la revolución proletaria: «el proletariado, al tomar el poder, suprime así el Estado como Estado», pero al decir esto Engels está hablando de la supresión del Estado de la burguesía, «mientras que lo que dice sobre la extinción del Estado se refiere a los restos del Estado proletario que subsistirán después de la revolución socialista» (5). (5) El Estado es una fuerza represiva particular (Engels) con la que la burguesía (un puñado de ricos) reprime a millones de trabajadores; es evidente que para suprimir esa fuerza represiva particular el proletariado debe utilizar su propia fuerza represiva particular, es decir, la dictadura del proletariado, mediante la cual sólo puede tomar posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad arrancándolos de las manos de la

propiedad privada. Así es como el Estado burgués es sustituido por el Estado proletario, es decir, por una fuerza represiva particular que tiene que reprimir los intentos de resistencia y restauración de la burguesía, la minoría de la sociedad. El Estado proletario que el proletariado establece en el período de su dictadura de clase, si no es derrotado y por tanto suprimido por la restauración burguesa -como ocurrió con la Comuna de París en 1871 y la Comuna de Petrogrado en 1917-26-, teniendo como tarea histórica «la toma de posesión de todos los medios de producción en nombre de la sociedad», y destruyendo así las relaciones de producción burguesas de intercambio y propiedad e iniciando la transformación de la economía capitalista en una economía socialista, tiende a volverse superflua precisamente por la destrucción de las relaciones sociales burguesas, superando la división social del trabajo e iniciando así el paso de toda la sociedad a la era del «dominio sobre las personas», característica de las sociedades divididas en clases, a la era de la «administración de las cosas y dirección de los procesos de producción», característica sólo de la sociedad sin clases.

¿Cómo se puede lograr esto?

Es precisamente el alto grado de desarrollo de la producción al que ha llegado el capitalismo lo que constituye la base económica para la transformación socialista. Pero este mismo desarrollo capitalista de la producción impide, en un momento dado, un mayor desarrollo debido a las crisis de sobreproducción que el modo de producción capitalista encuentra cíclica e inexorablemente. Todo el sistema, como dice Engels, de «la apropiación de los medios de producción y de los productos, y por tanto del poder político, del monopolio de la cultura y de la dirección espiritual por parte de una determinada clase de la sociedad no sólo se ha vuelto superfluo, sino que se ha convertido económica, política e intelectualmente en un obstáculo para el desarrollo» (6). (6) La impotencia de este sistema es evidente en cada crisis. Engels continúa: «La fuerza de expansión de los medios de producción arranca las ataduras que les impone el modo de producción capitalista. Su liberación de estas ataduras es la única condición previa para un desarrollo ininterrumpido y constantemente acelerado de las fuerzas productivas y, por tanto, para un aumento prácticamente ilimitado de la propia producción».

Por lo tanto, la apropiación ya no privada, sino social, de los medios de producción y de los productos «elimina no sólo el obstáculo artificial de la producción existente, sino también la destrucción real y completa de las fuerzas productivas y de los productos, que en la actualidad es la compañera inevitable de la producción y que alcan-

za su clímax en las crisis. La apropiación social, al eliminar el despilfarro insensato de los lujos por parte de las clases dirigentes actuales y sus representantes políticos, libera también una masa de medios de producción y de productos en beneficio de la colectividad. La posibilidad de asegurar, mediante la producción social, a todos los miembros de la comunidad una existencia que no sólo sea completamente suficiente en términos materiales y se enriquezca cada día, sino que les garantice el desarrollo y el ejercicio completamente libres de sus facultades físicas y espirituales: esta posibilidad existe ahora por primera vez, pero existe» (7). Engels escribió esto en 1878, treinta años después del Manifiesto del Partido Comunista, y siete años después del primer ejemplo de dictadura proletaria con la Comuna de París; La misma posibilidad existe hoy con mayor razón, no sólo porque ya se intentó con la Revolución de Octubre de 1917 y la fundación de la Internacional Comunista, sino porque, incluso en su derrota, y en el implacable desarrollo del capitalismo a nivel mundial, los factores de crisis de la sociedad capitalista también han aumentado implacablemente, demostrando aún más la impotencia congénita de esta sociedad para resolver sus propias contradicciones, devolviendo la solución de la gran cuestión histórica al terreno de la lucha abierta entre las clases.

CAVAR, CAVAR, VIEJO TOPO...

El desarrollo del capitalismo lleva necesariamente a la creación del proletariado incluso en los países situados al margen de las grandes rutas comerciales, en países atrasados desde el punto de vista capitalista debido sobre todo a la falta de industria a gran escala, pero suficientemente desarrollados para que en ellos se haya desarrollado un proletariado junto a la población campesina y artesana. A diferencia de los campesinos, que poseen un pedazo de tierra, aunque sea pequeño, y por lo tanto un medio de producción del que pueden obtener un magro sustento, los proletarios están sin reserva, sin propiedad: producen toda la riqueza de la sociedad, pero no poseen nada, ni los medios de producción ni los productos para vivir que están obligados a ir a comprar al mercado. Los burgueses dirían que son «dueños» de su fuerza de trabajo, y por supuesto «libres» de venderla a cualquier capitalista, al igual que cualquier capitalista es «libre» de comprarla o no, de emplearla durante un tiempo determinado o de despedirla si la actividad económica en la que la ha empleado no es suficientemente rentable. La libertad del proletario no es la misma que la del capitalista; estas dos «libertades» no tienen el mis-

mo peso y no conducen al mismo resultado: Para sobrevivir, el proletario está obligado a vender su fuerza de trabajo al capitalista, a someterse al régimen salarial y a sufrir todas las consecuencias de la dominación económica, política y social del capitalismo; el capitalista no está obligado a vender su fuerza de trabajo potencial, no vive de tener que venderla sino de comprarla y explotarla desde una posición de fuerza porque la dominación social de su clase (que se expresa en la propiedad privada de los medios de producción y en la apropiación privada de la producción social, defendida por el Estado burgués) lo pone en condiciones de comprarla al menor costo posible y explotarla al máximo.

Esto no quita que la propaganda ideológica de la burguesía sobre la libertad, y por supuesto la igualdad y la fraternidad, haya engañado y siga engañando a las masas proletarias haciéndoles creer que pueden participar en la gestión política de la sociedad a través de la democracia y sus instituciones, gracias a las cuales los proletarios tendrían la posibilidad de influir en las decisiones que todo gobierno, nacional y local, tiene que tomar, inclinándose al menos parte de esas decisiones a favor de sus propias condiciones de existencia. De hecho, cada pequeña mejora en las condiciones de trabajo y de vida los proletarios se la deben sobre todo a su lucha, especialmente cuando su lucha perjudica gravemente los intereses empresariales o cuando ponen en peligro los intereses capitalistas más generales, o incluso el poder político. Pero la propia historia de la lucha de clases demuestra que las mejoras económicas y sociales conseguidas nunca son duraderas en su consistencia económica, así como en su aplicación formal; antes o después pueden ser inaplicables o anuladas parcial o totalmente, según las relaciones de poder entre las clases y dependiendo de los intereses contingentes de la clase burguesa dominante. La dominación política de la burguesía le permite defender su posición dominante y opresiva con las leyes y la fuerza del Estado, y le permite, si sirve a sus intereses más generales -en particular en presencia de crisis agudas de su economía-, anular o modificar las concesiones hechas al proletariado.

En los países imperialistas y, en cierta medida, en los países capitalistas medianamente avanzados, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, la burguesía, para evitar situaciones en las que sus proletarios, sobre la base de su lucha por la defensa económica, pudieran volver a organizarse de forma independiente en el campo de la lucha de clases abierta, adoptó el sistema de amortiguadores sociales con el que intentaron e intentan silenciar las necesidades elementales de super-

(sigue en pág. 8)

El duro camino

(viene de la pág. 7)

vivencia de al menos una parte de las masas proletarias. El objetivo es obvio: se trata de aliviar las tensiones sociales, especialmente en tiempos de crisis económica. El hecho de que este sistema, en general, siga funcionando lo demuestra el hecho de que las masas proletarias de los países capitalistas más avanzados todavía pueden contar con al menos unos cuantos amortiguadores sociales, lo que, durante décadas, ha contribuido a que se plieguen a las necesidades de la economía capitalista y sigan estando fuertemente influenciadas por las fuerzas sindicales y políticas del oportunismo que, como afirmó Lenin, no son más que los lugartenientes de la burguesía en las filas proletarias en defensa de la conservación social. Además de embrutecer ideológica y políticamente al proletariado, estas fuerzas se las arreglan para hacerle creer que la explotación capitalista de su fuerza de trabajo es un hecho «natural» y que, en todo caso, es el precio que hay que pagar por la civilización moderna, por la civilización industrial, por la conservación de la democracia, en definitiva, por no volver a caer en la «barbarie».

En la sociedad burguesa, en la sociedad en la que todo es una mercancía, incluso el aire que respiramos, el riesgo del capitalista es hacer inversiones que no le reporten el beneficio esperado, el riesgo del proletario es no encontrar un capitalista que le explote o encontrar uno, tal vez ocasionalmente, y sólo si se conforma con un magro salario. Ambos se arriesgan, por supuesto, cada uno en su esfera social; el capitalista se arriesga a no poder obtener los beneficios esperados, el proletario se arriesga a morir de hambre, a ser aplastado por la maquinaria a la que está unido, a intoxicarse de por vida y a morir tras años de enfermedad o en una guerra que nunca quiso. Unos y otros, en efecto, se ven obligados a depender del mercado, de este ente por encima de todos los demás como una divinidad que decide ciegamente el destino de cada ser humano, pero que sólo privilegia a los que tienen capital en su poder, no importa que sea en forma de bienes inmuebles, medios de producción y distribución, dinero, acciones de empresas o que provenga del robo y la corrupción. A fin de cuentas, al mercado no le interesa si quienes manejan el capital son empresarios o intermediarios entre la producción y el intercambio, si han heredado la propiedad y el capital acumulado mediante la explotación de la fuerza de trabajo de generaciones anteriores o si se han hecho con un botín robado a otros: al mercado le interesa la circulación del capital, la transformación de las mercan-

cías en dinero y la inversión del dinero en cualquier actividad que produzca beneficios. El mercado es el escenario en el que se desarrolla la lucha competitiva entre la burguesía, entre las empresas, entre los Estados y, en la era de los grandes negocios, de las sociedades anónimas, de las transacciones internacionales facilitadas por las innovaciones tecnológicas, en la llamada globalización. El desarrollo del capitalismo incluso en los países económicamente atrasados tiene como contrapartida el desarrollo de los factores de crisis incluso en esos países. Los ciclos de crisis tienden a acercarse cada vez más. Mientras que en la época de Marx y Engels los ciclos de crisis en los países capitalistas entonces desarrollados eran de unos diez a doce años, hoy, en una época en la que hay muchos más países capitalistas desarrollados -y por tanto la competencia internacional entre ellos se ha intensificado enormemente- los ciclos de crisis se han reducido prácticamente a la mitad. No todas las crisis, por supuesto, son mundiales. Pero la competencia internacional entre los países imperialistas más fuertes descarga sus tensiones sobre los países más débiles, sumiéndolos en crisis permanentes que se concentran en ciertas áreas -las famosas «zonas de tormenta»- como Oriente Medio, América Central, África del Norte, el Cuerno de África, África Central, el Sudeste Asiático. Crisis que inevitablemente, en algún momento, tienen que desencadenarse en el corazón del capitalismo mundial, que antes era sólo Europa, pero que desde el siglo pasado afecta también a Norteamérica y, hoy más que nunca, al Extremo Oriente chino-indo-japonés.

El desarrollo del capitalismo no ha hecho más que proletarizar a miles de millones de seres humanos. En este sentido, ha seguido quitando «de debajo de los pies de la burguesía el propio suelo en el que produce y se apropia de sus productos», aumentando así la masa de sus futuros enterradores. Se comprende, pues, cuánto miedo puede infundir en la burguesía incluso la idea de que la revolución del proletariado está en su horizonte. Se entiende por qué invierte enormes recursos en el control social de las masas proletarias a través de la escuela, la prensa, la televisión, las redes sociales, las iglesias, las asociaciones deportivas y, por supuesto, en último lugar, pero no por ello menos importante, el Estado y todos sus aparatos de represión e influencia política, siendo el parlamento el más importante.

Si fuera cierto el cuento de que a través de la democracia, y a través del Estado, que debe estar por encima con respecto a las clases sociales que luchan entre sí, se deben sanar los conflictos sociales y lograr la tan cacareada igualdad social, la burguesía no llegaría a tales extremos para reprimir, y posiblemente impedir, todo mo-

vimiento de clase proletario que insinúe expresarse y organizarse. Es cierto, y tiene la prueba de décadas de éxito de su lado, que el sistema democrático ha conseguido hasta ahora desviar, engañar, aprisionar y debilitar a las fuerzas proletarias, que se ven objetivamente empujadas a luchar contra unas condiciones de existencia insostenibles y contra un poder económico y político que no puede resolver ninguna de las grandes contradicciones que caracterizan a esta sociedad.

La burguesía sabe que es necesario organizar la defensa económica del proletariado, y que esta organización -como la propia lucha inmediata y política del proletariado- puede tomar dos caminos: el clasista, es decir, en oposición frontal a los intereses capitalistas y burgueses, o el conciliador, reformista, colaboracionista, es decir, dirigido a la colaboración de clase sometiendo los intereses proletarios a las exigencias primarias de la economía capitalista. En cuanto a los intereses políticos, se da el mismo panorama: incluso la organización política del proletariado, y por tanto el partido político, puede tomar dos caminos: o el de la clase, o el del reformismo, el de la colaboración entre las clases. Y por muchas diferencias que se expresen entre un partido y otro, ya sea en el campo de la lucha de clases o en el de la colaboración de clases -y en un país capitalista avanzado estas diferencias pueden ser muchas en un campo y en el otro porque corresponden a la fragmentación de intereses de los grupos y estratos en que se diversifica la sociedad capitalista desarrollada-, la burguesía hará, como ha hecho y hace sistemáticamente, todo lo posible para que el proletariado no pueda escapar a su influencia incluso en el caso de que se constituya organizativamente de manera independiente. Esto ya ha sucedido en todos los puntos de inflexión históricos en los que el movimiento revolucionario del proletariado ha aparecido en su cita con la historia, en 1848, en 1871, en 1914-18, en 1917 en Rusia, en 1919 en Alemania, en 1927 en China, en 1939-45 y en los años posteriores, particularmente en el largo período en el que las luchas anticoloniales pudieron también poner en la agenda la reorganización de clase del proletariado en los países imperialistas. En todos estos acontecimientos la burguesía pudo contar con aliados de primera importancia para la conservación y defensa de su poder: las fuerzas oportunistas, el abigarrado espectro de fuerzas que iba desde el repostaje de la derecha y el centrismo de Kautsky hasta el revolucionarismo inconcluso de los anarquistas y el revolucionarismo palabrero de los maximalistas.

Pero todos estos extraordinarios portavoces no eran suficientes para apaciguar a la clase burguesa dominante; lo que se necesitaba era una

política oportunista que no se apoya únicamente en los intereses económicos inmediatos de la clase proletaria y en la democracia parlamentaria -terrenos nunca abandonados por la burguesía y el oportunismo, salvo en períodos de dictadura burguesa abierta, como el fascismo y las dictaduras militares debidas a crisis sociales especialmente profundas-, sino que extendiera su influencia en el terreno político directamente desde el terreno revolucionario.

Marx, en su famoso artículo de 1848 (La burguesía y la contrarrevolución) (8), reiteró que «nuestro terreno no es el del derecho; es el de la revolución». El gobierno, por su parte, ha abandonado por fin la hipocresía del terreno legal; se ha colocado en el terreno revolucionario; porque el terreno contrarrevolucionario es también revolucionario». Es la propia burguesía la que se despoja de la máscara democrática cuando el proletariado desciende al terreno revolucionario, al terreno de la lucha de clases, de la lucha por la conquista del poder político. Es el mismo concepto subrayado por Lenin, en febrero de 1917 y aún más claramente en octubre de 1917; y por Bordiga frente al fascismo, cuando blandió la intransigencia marxista para dirigir al proletariado a abandonar el terreno parlamentario, el terreno del derecho, el terreno de la legalidad, como estaba haciendo la burguesía, y desafiarla en el terreno revolucionario, porque las escuadras fascistas no eran más que la vanguardia de la contrarrevolución burguesa que elevaba el enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado al nivel más alto del enfrentamiento político, la conquista del poder político, que era al mismo tiempo terreno contrarrevolucionario y revolucionario.

Pues bien, la contrarrevolución burguesa, después de haber sido derrotada en el terreno militar por el Ejército Rojo en tres años de guerra civil, aprovechó tanto las enormes dificultades del proletariado europeo para emprender con decisión la vía revolucionaria por los prejuicios legalistas y democráticos aún arraigados en sus actitudes y prácticas, y de las verdaderas dificultades económicas de una Rusia soviética que tuvo que transigir con los capitalistas dispuestos a entablar relaciones económicas con ella, para insinuarse, bajo la apariencia de revolucionarismo en las palabras y de conservadurismo en los hechos, en la Internacional Comunista y en el partido bolchevique que la dirigía, infectándolos con los virus llamados frentismo, inmediateismo, economicismo, nacionalismo y chovinismo.

La derrota de la Revolución de Octubre, y de la Internacional Comunista como partido comunista mundial, se debió sobre todo a un proceso degenerativo interno que, como un cáncer, debilitó y finalmente mató al partido co-

munista de Lenin y, con él, al movimiento comunista mundial. Las consecuencias de esta derrota fueron y son mucho más pesadas para el proletariado mundial y para el movimiento comunista internacional que una derrota debida a un enfrentamiento militar en el que el partido comunista, aunque vencido, había mantenido su brújula firme en el cenit revolucionario, gracias a lo cual podría haber reanudado su lucha sin tener que restaurar de arriba abajo la doctrina marxista que la contrarrevolución estalinista -burguesa a todos los efectos- había falseado, distorsionado y destruido. Pero por muy poderosa que haya sido la contrarrevolución, no ha podido resolver las contradicciones más profundas del sistema económico capitalista que, a medida que se desarrolla, no hace más que replantear en la escala más alta la gran alternativa histórica: o guerra burguesa o revolución, o dictadura burguesa o dictadura proletaria. Y es en esta perspectiva en la que la corriente de la izquierda comunista italiana ha seguido trabajando a pesar de la dura derrota de la revolución en los años 20 y del fracaso que tuvo que registrar en los años que van de 1920 a 1926 con respecto a sus advertencias no sólo sobre la cuestión del parlamentarismo, sino también sobre cuestiones políticas fundamentales como el frente único político, el gobierno obrero, la aceptación en la Internacional de los llamados partidos «simpatizantes», etc.; y ha prodigado todos sus esfuerzos sobre la cuestión del «proletariado», elprodigó todas sus fuerzas en la restauración de la doctrina marxista -sin teoría revolucionaria nunca habrá un movimiento revolucionario- y en la reconstitución del partido comunista internacionalista.

Hoy seguimos en plena contrarrevolución y el proletariado sufre los efectos de una depresión política y económica sin parangón. Pero las condiciones de existencia de la burguesía dependen cada vez más de las condiciones de existencia del proletariado que, más allá de un cierto límite de explotación, miseria, hambre y muerte, se verá inexorablemente empujado a levantarse y a aceptar el desafío en el terreno contrarrevolucionario que es, como bien señaló Marx, también terreno revolucionario. Tal vez no esté tan lejos el momento de una convulsión social telúrica desde los países de la periferia del imperialismo hacia los grandes países imperialistas.

NOTAS

(1) Joseph Weydemeyer (1816-1866), exponente del movimiento obrero alemán y estadounidense; participó en la revolución de 1848-49 en Alemania después de

servir como teniente de artillería en el ejército prusiano; fue miembro de la Liga Comunista en 1850 y 1851; después de servir como editor de la revista Neue Deutsche Zeitung, emigró a América, donde participó en la Guerra Civil estadounidense como coronel del ejército del Norte. Propagó el marxismo, junto con Adolf Cluss, que también fue miembro de la Liga Comunista de Maguncia y que más tarde emigró a América. Ambos mantuvieron una estrecha correspondencia con Marx y Engels.

(2) Véase Marx a Weydemeyer, 5 de marzo de 1852, en Obras seleccionadas, vol. II, Ed. Progreso

(3) Marx, en su El 18 Brumario de Luis Bonaparte, retomado por Lenin en Estado y Revolución, a propósito del Estado, y después de haber examinado todos los aspectos que condujeron al golpe de Estado de Luis Bonaparte, escribe «La primera Revolución Francesa, a la que se le impuso la tarea de romper todos los poderes independientes de carácter local, territorial, de ciudad y de provincia, para crear la unidad burguesa de la nación, tuvo necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había comenzado: la centralización y al mismo tiempo tuvo que desarrollar la amplitud, las atribuciones y los instrumentos del poder gubernamental. Napoleón llevó este mecanicismo del Estado a la perfección. La monarquía legítima y la monarquía de julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que se desarrolló de la misma manera que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creó nuevos grupos de interés y, por tanto, nuevo material para la administración del Estado. Todo interés común se desprende inmediatamente de la sociedad y se contrapone a ella como un interés general y superior, arrancado de la iniciativa individual de los miembros de la sociedad y convertido en objeto de la actividad gubernamental, empezando por los puentes, los edificios escolares y los bienes comunales de la más pequeña aldea, y terminando por los ferrocarriles, el patrimonio nacional y la Universidad de Francia. Finalmente, la república parlamentaria se vio obligada a reforzar los instrumentos y la centralización del poder estatal en su lucha contra la revolución, junto con las medidas represivas. Todas las convulsiones políticas no han hecho más que perfeccionar esta máquina en lugar de romperla. Los partidos que posteriormente lucharon por el poder consideraron la posesión de este enorme edificio del Estado como el principal botín del vencedor», Ediciones Progreso, 1964, p. 206-7.

(4) Véase F. Engels, Antidürring, Fundación Federico Engels, Madrid 2014.

(5) Véase Lenin, El Estado y revolución, Alianza Editorial, Madrid, 2006.

(6) Véase F. Engels, Antidürring, cit.

(7) Ibid.

(8) Véase K. Marx, La burguesía y la contrarrevolución, Neue Rheinische Zeitung, nº 165, 10 de diciembre de 1848, en Marx-Engels, Periodismo Revolucionario, Editorial Roca, Madrid 1975.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: La dirección está siendo modificada. Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

Colombia: crisis y revuelta

(viene de la pág. 1)

hacienda pública colombiana, sometida a una gran presión desde hace años y que se ha agravado con la pandemia Covid-19. Y esta debilidad no va a desaparecer de la noche a la mañana, aunque los principales socios comerciales de Colombia, interesados en mantener cierta estabilidad en un aliado regional de primer orden, puedan aportar algo de capital para solucionar temporalmente los problemas de liquidez más acuciantes que tiene el Estado: la debilidad de las arcas públicas colombianas refleja la debilidad de su economía, incapaz de salir a flote en un contexto de crisis mundial persistente.

Con esta debilidad económica, origen de las fuertes tensiones sociales que no dejan de sacudir el país, la pacificación de este no es más que una quimera, tal y como muestra no sólo el continuo reavivarse de los rescoldos de la revuelta de primavera, sino la incapacidad del Estado colombiano y de los líderes de la antigua guerrilla de las FARC para evitar que secciones díscolas de esta vuelvan a tomar las armas en algunas regiones del país, expresando la desesperación de la población, mayoritariamente empleada en la agricultura, que ve en la *narco-guerrilla* una salida económica preferible a la miseria que le depara la economía «legal».

Orígenes del estallido social.

Como decíamos más arriba, el origen inmediato de las revueltas estuvo en la aprobación por parte del gobierno de Iván Duque de una reforma tributaria que buscaba equilibrar las cuentas nacionales gravando con un impuesto sobre el consumo (IVA: impuesto de valor agregado) los productos de consumo básicos y con un impuesto directo al pollo y los huevos (dos productos fundamentales en la dieta de las clases pobres). Con esta reforma se buscaba recaudar 23,4 millones de pesos colombianos, un 2% del PIB colombiano, en los meses siguientes a su aprobación.

Pero si bien esta reforma fue la causa del estallido, lo cierto es que desde dos años antes la tensión social no hacía sino crecer en este país. Fue en este periodo, los años 2019 y 2020, cuando el llamado *Paro Nacional* (una coordinación de sindicatos y colectivos sociales entre los cuales la Central Unitaria de los Trabajadores, la Confederación General del Trabajo, asociaciones de transportistas, agricultores y estudiantes) organizó una serie de protestas callejeras contra la política social que llevaba a cabo el gobierno.

Los puntos más importantes reivindicados en estas protestas tenían que ver con la corrupción; la reforma laboral, que permitía reducir un 25% el salario mínimo a los trabajadores jóvenes; la reforma de las pensiones, que implicaba un aumento del periodo necesario

de cotización para acceder a ellas y la repulsa por los continuos asesinatos de líderes campesinos a cargo del ejército en el contexto del supuesto desarme de la guerrilla posterior a los acuerdos de paz de La Habana de 2016.

Las movilizaciones duraron desde noviembre de 2019 hasta marzo de 2020, cuando los convocantes decidieron acabar con ellas debido a la extensión de la Covid-19. Desde ese momento la crisis social no hizo otra cosa que agudizarse y a la represión sufrida por los manifestantes durante los meses previos, se sumó el obscuro gasto en equipamiento militar y anti motines con el que se dotó al ESMAD (brigada móvil antidisturbios, perteneciente, como toda la policía colombiana al ministerio de Defensa), la persistencia en las medidas represivas contra la población, el asesinato de más líderes campesinos... hasta el anuncio de la reforma tributaria que acabó por desbordar la situación reavivando el fuego de la rebelión de los años anteriores.

Caracterización social de la revuelta.

La rebelión vivida en las calles de Bogotá, Cali o Antioquía, que ha dejado escenas lo más similares posibles a una guerra civil, con grupos para policiales ejecutando en la vía pública a manifestantes, secuestros y desapariciones o comandos militares defendiendo las urbanizaciones de lujo de la burguesía de las marchas campesinas, está estrechamente relacionada con otros estallidos sociales recientes en América Latina, como son el de Chile en 2019-2020 o las de Ecuador en el otoño de ese mismo 2019. Pero esta relación no consiste en ningún tipo de afinidad supra nacional organizada conscientemente, ni mucho menos en una estrategia común por parte de unos movimientos sociales que permanecen ajenos entre sí.

La relación se da por dos vías. La primera tiene que ver con la configuración histórica de la propia región latinoamericana. Desde México hasta Argentina o Chile, pasando por la zona del Caribe o Centroamérica, la evolución del subcontinente ha sido similar en sus grandes líneas. El dominio español y portugués primero, las rebeliones criollas por la independencia después con la subsecuente fragmentación del territorio en múltiples Estados, y finalmente la influencia determinante sobre todos ellos de las principales potencias imperialistas mundiales (Estados Unidos, España e Inglaterra principalmente, pero también Francia o Alemania en su momento), han conformado una zona cuyos principales elementos característicos son comunes a todos los países que la componen. En este sentido, un factor determinante de esta relativa homogeneidad es el peso decisivo que Estados Unidos ha tenido en la región durante la mayor parte del siglo XX, canalizando los flujos de capitales con los que se desarrollaba un capitalismo «autóctono», formando por lo tanto a una clase

proletaria con vínculos internacionales muy fuertes, imponiendo una fortísima intervención en la vida política y social de los diferentes países, apoyándose en las clases terratenientes y oligárquicas más atrasadas incluso contra la incipiente burguesía local, etc. Este peso estadounidense ha logrado consolidar dos tendencias predominantes en la estructura social, económica y política de América Latina. Por un lado, un desarrollo del modo de producción capitalista y de su superestructura política extremadamente lento, con fortísimas reminiscencias de regímenes pasados y con un peso decisivo de la casta oligárquica agraria *contra* una burguesía industrial poco desarrollada (peso este que se mostró decisivo en los golpes militares de los años '70 en Chile, Argentina, Brasil, etc.).

Por otro lado, una fortísima presión sobre la clase proletaria en todos los países de la región ejercida tanto por las clases dominantes nacionales e internacionales como por la inmensa masa de elementos pertenecientes a clases sociales intermedias. Campesinos, comerciantes empobrecidos, artesanos, gentes sin más oficio que el de sobrevivir en medio de la miseria más absoluta, etc. conforman una buena parte de la población de todos los países latinoamericanos, dando lugar a formaciones sociales muy características de las grandes megalópolis argentinas, brasileñas o venezolanas: esas inmensas extensiones de villas miseria o favelas donde una gran cantidad de población malvive en condiciones infrahumanas.

Este es el magma social que existe bajo el subsuelo latinoamericano y es el que le da la homogeneidad de la que luego resultan movimientos y explosiones sociales de gran violencia y prácticamente simultáneos como los de Colombia, Chile o Ecuador. Y de él por lo tanto se infiere la segunda característica en común de todos ellos, esta de corte ya netamente político: **estos movimientos sociales no han tenido un contenido de clase proletario**. El temblor que ha sacudido a Colombia durante esta primavera, como las protestas previas en Chile contra el precio del transporte público o en Ecuador contra el incremento del coste del combustible, ha contado entre las filas de los manifestantes a gran número de proletarios, bajados de los barrios miserables de las grandes ciudades o de las explotaciones agrarias donde malvenden su fuerza de trabajo, pero estos proletarios no han impuesto a las movilizaciones un contenido clasista. Por el contrario, han sido precisamente esas grandes masas desheredadas que comparten vida con la clase proletaria, pero que no forman parte de esta ni por su posición en el espectro social ni por sus perspectivas políticas, esas clases pequeño burguesas empobrecidas por casi cuarenta años de caída de su nivel de vida en toda la región latinoamericana, las que han protagonizado estas movilizaciones. En el caso de Colombia, basta con fijarse en

la composición de la coordinadora *Paro Nacional*, compuesta por sindicatos controlados por las fuerzas clásicas del oportunismo estalinista y socialdemócrata, así como por confederaciones gremiales de transportistas, agricultores y ganaderos (es decir, de pequeños empresarios) y en las exigencias de tipo nacional y democrático que esta coordinadora ha impuesto al movimiento, para entender lo dicho hasta aquí. Pero se puede ir más allá: este contenido no proletario sino popular, pequeño burgués e interclasista, tiene un sentido histórico innegable en la región latinoamericana, especialmente en países como Colombia donde el peso del campesinado todavía es decisivo en términos económicos, sociales y políticos. Estas clases sociales intermedias que rodean al proletariado y le comprimen dentro de los límites de la colaboración entre clases todavía tienen un peso social decisivo en la región. Y por lo tanto no puede esperarse, de ninguna manera, que no sean lanzadas a la calle en cada ocasión como la vivida en Colombia, ni que entonces tengan un papel decisivo. La clase proletaria, en América Latina menos que en ninguna otra parte, nunca va a jugar sobre un terreno limpio, donde sólo aparezcan dos grandes clases sociales, monolíticas y perfectamente diferenciadas: el propio modo de producción capitalista o bien conserva a clases sociales pre capitalistas como reliquias de un pasado con el que no es capaz de ajustar cuentas totalmente, o bien las genera como excrecencias incluso del sistema económico más desarrollado. El proletariado, por lo tanto, deberá tener en cuenta *siempre* la existencia de clases sociales diferentes a sí mismo y a la burguesía y los comunistas tendrán siempre la obligación de registrar y exponer con claridad las implicaciones de este fenómeno histórico.

La cuestión social en América Latina.

Hace casi 50 años, refiriéndonos a la configuración económica y social de América Latina (1), verificábamos los siguientes hechos. El primero, que «en la mayoría de los países latinoamericanos, respecto a la situación europea, el porcentaje de la población industrial en el conjunto de la población activa es aún relativamente bajo, y además inferior al de la fuerza de trabajo empleada no solamente en la agricultura, sino también en el sector terciario (comercio y servicios). También [...] que el promedio de obreros por empresa es relativamente modesto, y que todo este desequilibrio se refleja en una urbanización «patológica» caracterizada por el apiñamiento en las grandes ciudades de masas que, al no encontrar trabajo en los sectores productivos están obligadas a vivir en actividades marginales, irregulares y superexplotadas» (2). Este «subdesarrollo proletario», consecuencia del lento desarrollo de la implantación del modo de

producción capitalista en América Latina, no implicaba necesariamente que la clase obrera tuviese un papel de segundo orden en las convulsiones sociales que estaban por darse en la región:

«No existe un nivel **absoluto** de consistencia numérica de la clase obrera como presupuesto de su elevado peso social y político: este último es **relativo** al grado en que -bajo la presión de factores bastante más **exógenos** que endógenos- la estructura de base tradicional se disgrega, pierde su estabilidad, y cesa de actuar como escudo protector respecto a sus componentes. Y es obvio que la influencia de estos factores es tanto más radical cuanto más se desarrolla el capitalismo en sus formas más modernas y aguerridas en medio de una estructura económica y social arcaica» (3)

Lo que significa que la compresión de la clase proletaria entre masas de población que existen como consecuencia del peculiarmente lento desarrollo del capitalismo en América Latina, siendo un dato a tener en cuenta para la evaluación de cualquier perspectiva social en esta región, no debe considerarse como un factor de retardo en el surgimiento de la lucha clasista del proletariado, porque en determinados momentos cuando las convulsiones en una estructura social poco estable (que no cuenta con los estabilizadores que caracterizan, política y económicamente a los países centrales del capitalismo) se agudizan es precisamente esta inestabilidad la que puede precipitar un estallido de la contradicción fundamental que atraviesa a la sociedad burguesa, la que opone a la clase dominante con el proletariado y que implica el retorno de este al terreno de su lucha de clase.

Pero la valoración, que es impecablemente marxista, le seguían dos puntos a tener en cuenta. El primero hace referencia a que incluso las mayores sacudidas sociales, aquellas que se incrementan en los términos expuestos, no son el factor decisivo para la reaparición de la clase proletaria como actor independiente:

«[...] Mucho más que el **atraso** y los **desequilibrios** de su estructura económica y social, es el **retraso** de las condiciones subjetivas de la revolución, y ante todo de la formación del partido de clase, lo que pesa, aún más que en el resto del mundo burgués, sobre la historia social de América Latina, por más turbulenta que ésta haya sido y continúe siendo. En estas condiciones, cualquier «perspectiva» revolucionaria a corto plazo es abstracta y sería demagógico -como lo es por parte de toda clase de formaciones políticas de falsa izquierda- hacerse su portavoz. Sin la presencia determinante (y por lo tanto sin la influencia) del partido, no se puede plantear ni la «hipótesis» de una «revolución agraria anti imperialista» dirigida por el proletariado (como el capítulo final del artículo citado parece plantear como obli-

gatoria a corto plazo para todo el continente) (4) ni tampoco la hipótesis de una revolución **continental** proletaria que asuma, por cierto, grandiosas tareas «impropias» (en diferente grado, ¡la revolución proletaria deberá asumirlas por doquier!) pero sin que por esto renuncie a ser, ante todo en el terreno político, pero también -aunque con un ritmo más lento y por vías menos rectilíneas- en el terreno económico **plenamente socialista**» (5)

El segundo se refiere a las perspectivas de un desarrollo económico y social para la región en ausencia de una vigorosa lucha de clase proletaria que se hiciese cargo de la liquidación de las tareas de la revolución burguesa aún pendientes: «[...] la misma evolución del capitalismo impulsará el proceso de disolución de las estructuras económicas y sociales arcaicas, y mostrará, a través de repeticiones probablemente frecuentes de golpes militares, por una parte, y de experimentos reformistas como el de Allende, por otra, tanto la capacidad del modo de producción capitalista de servir incluso de las fuerzas de conservación agraria -como es el caso del Ejército- para sus propios fines de desarrollo, como la impotencia congénita de la pequeña burguesía. Además, esta misma evolución volverá tanto más agudas las tensiones internas de la sociedad latinoamericana cuanto más se integre el continente en el mercado mundial de mercancías y, sobre todo, de capitales» (6)

Casi cincuenta años, como decía- mos, han pasado de estas afirmaciones. La solución a la disyuntiva planteada ha quedado clara: el desarrollo económico de América Latina, salteado por fortísimos cambios políticos (de las dictaduras militares a los gobiernos «populistas» del falso **socialismo del siglo XXI**) ha marchado en la única dirección de desarrollar y consolidar el poder de la clase burguesa nacional e internacional en la región contra los resabios de épocas pasadas y, por supuesto, contra el proletariado. Pero cada centímetro ganado para el capitalismo ha implicado varios metros de desarrollo de las fortísimas tensiones internas que persisten en la región. Los sueños de la pequeña burguesía radical de los años '70, consistentes en una revolución de tipo guevarista en todo el subcontinente y en una vía específicamente latinoamericana al socialismo, han quedado atrás, junto con los términos sociales que parecían justificar una revolución agraria como expectativa a corto plazo. Pero no por ello el peso de las clases sociales intermedias ha dejado de existir: ahora aparece bajo formas diversas, correspondientes a ilusiones políticas de tipo democrático e incluso a captación de los proletarios para grupos armados para estatales como son los *narcos* que prác-

(sigue en pág. 12)

(viene de la pág. 11)

ticamente dominan regiones enteras de países como México.

Es en este sentido que nuestro partido valora las revueltas en países como Colombia como un producto del régimen social burgués, sí, pero condicionado por la amalgama de clases sociales intermedias que comprimen al proletariado. Por lo tanto, como una oportunidad para que estas convulsiones sociales se agudicen tanto más cuanto más inestables son las sociedades condicionadas por la existencia de la miríada de clases medias que subsisten en sus márgenes y dicha inestabilidad llegue al punto de forzar a la clase proletaria a romper política y organizativamente con el resto de clases sociales y lanzarse a luchar sobre su propio terreno, anti burgués y anti democrático.

Las perspectivas de la crisis social.

La composición social característica de América Latina constituye para el marxismo un dato objetivo que explica la evolución de la lucha de clase del proletariado y su relación con el resto de clases sociales. Pero este dato se coloca en la parte *no esencial* de la perspectiva que para el partido revolucionario se plantea en una región como la del subcontinente americano: las consideraciones acerca de cómo las sacudidas populares que vienen convulsionando países como Colombia o Chile pueden lanzar a la clase proletaria a la lucha y de las implicaciones tácticas que esto puede tener para el partido de clase, constituyen un aspecto secundario dentro de la difícilísima perspectiva histórica que se le plantea al conjunto del proletariado, sea este latino americano, europeo, asiático, etc.

A grandes rasgos, los últimos diez años arrojan la siguiente caracterización de dicha perspectiva: las sucesivas crisis económicas (la de 2007-2012 y la de 2020) han golpeado a la clase proletaria de todos los países con una dureza no vista desde la década de los años '70 en lo que se refiere al brusco ataque a sus condiciones de existencia que ha sufrido esta. Pero a este drástico empeoramiento de su nivel de vida no le ha seguido una reactivación de la lucha de clase fuera de algún episodio aislado y desprovisto de continuidad. Por extensión, la influencia del partido de clase entre el proletariado no ha visto el crecimiento que de otra manera debería haber existido. Estos tres elementos, crisis, lucha de clase y partido, colocados precisamente en este orden, son los tres puntos básicos que se deben tener en cuenta para evaluar la crisis social, cada vez más profunda y extensa, que tiene en episodios como los de la revuelta en Colombia una de sus manifestaciones más evidentes.

En 1974, refiriéndonos a la crisis económica mundial que entonces se perfilaba en el horizonte de todos los países de este lado del telón de acero, escribía-

mos: « [...] y la posibilidad de que en el vértice de la cúspide [del desarrollo económico NdT] se verifique el colapso piramidal del sistema está ligada no ya al acumularse de contradicciones económicas, sino a la doble condición de que salga a luchar, armada y organizada, la mayor fuerza productiva generada en las vísceras de la sociedad burguesa, la clase proletaria, y que llegue a su encuentro el órgano-guía de la batalla decisiva, el partido» (7)

Y continuábamos explicando que, contrariamente a la tesis que comparten socialdemócratas, estalinistas y espontaneístas, no existe un encuentro automático entre crisis y revolución y, por lo tanto, tampoco entre crisis e influencia decisiva del partido sobre la clase proletaria: el capitalismo no se extingue, no entra en una fase de decadencia en la que lentamente disminuye su poder económico y político y en la cual, por lo tanto, únicamente es necesaria una transición, más o menos violenta, entre el proletariado y la burguesía. De acuerdo con la teoría marxista, precisamente en los momentos de crisis económica, consecuencia de haber alcanzado el máximo nivel de desarrollo posible de la producción capitalista y cuando las tensiones sociales se agudizan todo lo posible, es cuando la clase burguesa se muestra más fuerte, cuando sus aparatos de dominio, el principal de los cuales es su Estado, se vuelven más potentes.

Este argumento nos sirve hoy, de nuevo, para explicar que en estas grandes convulsiones sociales que, como hemos visto en el caso de Colombia, la pandemia únicamente ha detenido temporalmente, no puede hablarse de la reaparición de la lucha de clase proletaria a gran escala, ni siquiera de una tendencia innegable hacia ella. Y esto por dos motivos: el primero de los cuales que las lecciones de los últimos años no permiten afirmar que a la crisis económica le vaya a seguir, de inmediato, una crisis social y, por lo tanto, que el drástico ataque a las condiciones de vida del proletariado que hemos visto en el último año y medio no tiene por qué ser seguido por una reacción por su parte que rompa con la atonía de la paz social. Y en segundo lugar, de manera mucho más concreta, allí donde estamos viendo aparecer violentos desgarramientos sociales vemos igualmente la acción ultra concentrada de la burguesía y su Estado empeñarse con todas sus fuerzas para evitar un desbordamiento de estos en sentido clasista. Y esto en el doble sentido de ejercer una represión tan violenta como crea necesario y, a la vez, reforzar todos los mecanismos de integración social sobre los cuales se levanta la política de colaboración entre clases que ha regido la vida de todas las naciones en las últimas décadas.

Así se vio en Chile, cuando la policía arrancaba ojos a los manifestantes a la vez que la burguesía, los representantes de las clases medias (entre los cuales los partidos indígenas del sur) y

las corrientes oportunistas con peso entre los proletarios, se sumaban al carro de la convocatoria de una asamblea constituyente. Lo vemos también en Colombia, donde el frente único anti Duque engloba a una mezcolanza de asociaciones patronales, sindicatos, etc. que han potenciado el peso en las protestas del sector indígena (léase pequeños agricultores pertenecientes a los llamados «pueblos originarios») y han ahogado en la impotencia a los jóvenes proletarios de las grandes ciudades en el magma de las consignas demo-populares.

Todos estos cortafuegos de la lucha de clase que la burguesía utiliza con la experiencia de décadas de guerra larvada y democrática contra el proletariado no son indicadores de un próximo resurgir de la lucha revolucionaria de este, sino muestras todavía de su incapacidad y de su falta de fuerza social, de un hábito forjado también durante décadas a colaborar tanto con la clase burguesa como con las clases medias. Constituyen una fortaleza y no una debilidad de la burguesía: no son desviaciones de una lucha de clase pura y tendencialmente revolucionaria sino muestra del profundo dominio al que está sometido el proletariado incluso en países donde su existencia se ha visto rebajada a niveles de miseria y hambre.

Para nosotros, marxistas revolucionarios, poner blanco sobre negro esta situación es una obligación: en esta capacidad de la clase burguesa para responder a la crisis económica, política y social que sin duda se agrava cada vez más, vemos la confirmación de la tesis marxista fundamental acerca del irremediable enfrentamiento entre el proletariado y su enemigo de clase. Pero nola vemos como una afirmación general, que pueda ser tomada sin atenerse al recorrido que inevitablemente deberá transitarse, sino precisamente como una indicación de las tareas que el partido de clase debe asumir en una situación que todavía es absolutamente adversa y en la cual las sacudidas sociales como las de Colombia o Chile, aún no están en condiciones de servir como revulsivo (o como simple «empujón») en el sentido de movilizar a estratos significativos de la clase proletaria y alinearlos sobre el terreno de la lucha de clase.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

¿Vientos de guerra en Europa? (II)

(viene de la pág. 1)

tunista, homologable a aquella mantenida por la socialdemocracia: España, en 1936, dio un gran ejemplo de cómo la organización libertaria más potente que ha existido no resistió ni siquiera unos días antes de ponerse de parte del Estado republicano y en contra de los proletarios en armas.

En 1914 la guerra imperialista provocó la debacle de la Internacional Socialista, el paso definitivo de Kautsky y compañía al bando burgués, pero esto forzó a las minorías internacionales a reagruparse en torno a la teoría marxista que salieron a defender y al programa revolucionario. De aquel hundimiento, que pareció definitivo en agosto del '14, emergió la Internacional Comunista como gran esfuerzo por la constitución del Partido Comunista mundial. Pero en 1936 o en 1939 de una debacle similar, protagonizada en el primer caso por las corrientes libertarias y en el segundo por el conjunto de las fuerzas socialdemócratas y estalinistas, no aparecieron las fuerzas capaces de remontar el terreno perdido: ni la clase proletaria tenía ya la fuerza que había mostrado en 1917-1919 en toda Europa, devastada como estaba por la serie de derrotas sufridas a manos de la burguesía, ni el proceso contrarrevolucionario, iniciado en Rusia y seguido en todo el mundo por la corriente a la que sintéticamente llamamos estalinista, había tocado a su fin, impidiendo que los pequeños y dispersos grupos opuestos a esta contrarrevolución tuviesen la capacidad para realizar el necesario balance de la misma.

La única corriente, debido a su trayectoria histórica y a su posicionamiento ya contra los primeros síntomas de la desviación que en el movimiento comunista internacional dio lugar al estalinismo, que fue capaz de plantearse el trabajo que en 1914-1917 habían asumido los bolcheviques junto a unos pocos elementos dispersos por diversos países, fue la Izquierda Comunista de Italia. De hecho cualquier lector de nuestra prensa puede confirmar que desde entonces el problema de la guerra, su relación con el curso de la lucha de clase del proletariado y con el desarrollo, siempre tendente a ella, de la sociedad capitalista, ocupa un lugar de primer orden entre nuestras publicaciones. La tarea de nuestra corriente ha sido, siempre, la de colocar la cuestión de la guerra sobre sus justos términos, en el doble sentido de afirmar estos y de combatir a todas las corrientes políticas que, reivindicando-

se del marxismo, pretenden que la cuestión bélica pueda ser entendida desde otro prisma que el del materialismo histórico.

Es precisamente contra la concepción moralista de la guerra, que la considera mala *per se*, sin atender a sus características históricas, que hemos dedicado buena parte de nuestros esfuerzos como partido a sintetizar la guerra en unos tipos históricamente definidos.

El primero de ellos, es el de la guerra revolucionaria, es decir, el de aquellas guerras que libra una clase ascendente contra las fuerzas reaccionarias. En la fase histórica del capitalismo, este tipo de guerras tiene dos variantes. La primera de ellas es la guerra revolucionaria *burguesa* que ha librado la burguesía nacional de países como Francia contra las viejas clases aristocrático-feudales. La segunda es la guerra revolucionaria *proletaria*, es decir, aquella que libra el poder revolucionario del proletariado para defenderse de las agresiones de las potencias imperialistas. De esta variante desgraciadamente la historia nos ha dado pocos ejemplos y no vamos a tratarla ahora.

El segundo tipo, el de las guerras de carácter reaccionario, es el que libran las fuerzas burguesas nacionales entre sí en enfrentamientos destinados al saqueo y la rapiña. Se trata de fuerzas solidarias en cuanto a su composición de clase pero enfrentadas en lo que se refiere a su forma nacional concreta. Se trata de las guerras imperialistas, de las grandes masacres de 1914 y 1939, pero también de los enfrentamientos armados que desde el final de la IIª Guerra Mundial libran las principales potencias a través de agentes intermedios.

Ambos tipos de guerra han convivido: el desarrollo asimétrico del modo de producción capitalista en las diferentes regiones del mundo ha favorecido que, por ejemplo, Europa y América del Norte se encontrasen ya plenamente inmersas en la fase imperialista de su desarrollo mientras que en determinadas regiones de África o Asia las luchas de liberación nacional, ejemplo claro de guerras progresivas en un sentido burgués, estuviesen a la orden del día.

Las variables fundamentales con las que podemos caracterizar las guerras son, por lo tanto, dos: periodo histórico y región donde se dan. De esta manera, podemos trazar un largo recorrido para las guerras revolucionarias de sistematización nacional en el área euro americana: de 1792 a 1871, es

decir, de la Convención a la Comuna de París, momento en el cual las burguesías de Francia y Alemania se alían en un único bloque contra la clase proletaria insurrecta. Así describimos, en uno de nuestros textos clásicos, los primeros pasos de este ciclo

Las sucesivas guerras entre Francia y las coaliciones euro peas que terminaron con la restauración de la monarquía absoluta representaron un estadio fundamental para la difusión del capitalismo en Europa (difusión que no fue impedida en realidad por la victoria de los ejércitos feudales, aliados a la Inglaterra archi-capitalista). En todo este periodo histórico, los revolucionarios burgueses no solo hacen una política de patriotismo y de nacionalismo extremo, sino que arrastran consigo al proletariado naciente. Ambos son empujados a esta política, así como a las ideologías que se derivan de ella, por la necesidad social de abolir los últimos vínculos feudales. Sin embargo, esto no significa que el choque militar de los Estados y de los ejércitos sustituya a la guerra civil entre las clases que se disputan el poder. El hecho determinante del desarrollo social siendo la lucha entre las clases, que se enciende sucesivamente en todos los países; sin esto no podríamos explicar el desarrollo mismo de las guerras, con la generalización del militarismo moderno y su nuevo carácter de masa. Los jacobinos mismos, pese a la nueva «batalla de las Termópilas» que se libraba en las fronteras de Francia (y cuyo Leónidas, Dumoriez, no tardó en traicionar y en acabar como un traidor), no desviaron jamás el centro de su atención de la lucha interior. (1)

De este párrafo es necesario resaltar una idea: durante el periodo revolucionario burgués, mientras la clase burguesa ya dominante en un país como Francia se enfrenta a las clases nobiliarias agrupadas tras la coalición, la lucha de clase entre proletarios y burgueses y entre proletarios y clases feudales no desaparece: de hecho es uno de las mechas de la fuerza revolucionaria de la burguesía, pero existen objetivos comunes a los proletarios y a los burgueses que pueden determinar una alianza temporal entre ambas clases sociales. Es la única ocasión en la que la historia contempla la defensa de los intereses nacionales por parte del proletariado no como un paso hacia la derrota de este sino como un escalón necesario hacia su emancipación y, por lo tanto, el marxismo *sin declinar jamás la obligación de llamar a la guerra continua contra la clase burguesa*, entiende esta alianza, que puede resumirse con la

(sigue en pág. 14)

Vientos de Guerra en Europa (viene de la pág. 15)

consigna «golpear juntos, marchar separados» como un factor progresivo en tanto revoluciona las condiciones sociales feudales.

Continúa el *Hilo del tiempo* citado: Sabemos que el marxismo ha considerado las guerras del período 1792–1871 como guerras de desarrollo. Para simplificar, se las puede llamar guerras de progreso, pero sin caer en la trampa de las «guerras de defensa». En realidad, Lenin subraya con toda razón que pueden ser también guerras «ofensivas», y que en la hipótesis de guerras entre Estados feudales y Estados burgueses los marxistas podrían «justificar» la acción del Estado más avanzado, «independientemente de quien haya comenzado las hostilidades». El argumento era directamente polémico y estaba dirigido contra los socialistas franceses y alemanes que estaban unos y otros por la guerra bajo vil pretexto de «defensa». Esto quiere decir que si, en un momento histórico dado, una guerra es revolucionaria, debe ser apoyada aun cuando no sea defensiva. En el fondo, cuando existe, la guerra revolucionaria es típicamente una guerra de ataque, de agresión. Este argumento dialéctico destruía la vil hipocresía de todas las campañas que movilizan a las masas para la guerra aparentando no prepararlas y no querer la guerra, sino estar obligados a rechazar la guerra preparada y querida por el enemigo.

Por tanto, no es en virtud del criterio moralista de la defensa, diametralmente opuesto al suyo, que el marxismo dio una valoración de las guerras que van de la clásica fecha de 1792 a 1871, sino que lo hizo colocándose desde el punto de vista del efecto de las guerras sobre el desarrollo general. Muchas veces consideró en su crítica como útiles y aceleradoras ciertas iniciativas de ofensiva militar, como por ejemplo la de Napoleón III en 1859 y la de Prusia en 1866. No se trata, pues, de decir que hasta 1871 el partido marxista estuviese por la «defensa de la patria» o por la «defensa de la libertad», sino algo completamente distinto. (2)

Este tipo de «guerra de desarrollo» no existió únicamente durante el período de sistematización nacional de Europa y América del Norte. El siglo XX dio también buenos ejemplos de él en Asia y África principalmente. Vietnam, Argelia, El Congo o Angola son sólo unos pocos ejemplos de situaciones en las que se ha planteado la guerra revolucionaria de tipo nacional, por lo tanto burgués, como un revulsivo capaz de hacer tambalear las fuerzas del

status quo imperialista en dichas regiones. Allí el enfrentamiento ya no se libraba entre las fuerzas feudales y la burguesía emergente, sino entre fuerzas capitalistas plenamente desarrolladas que ejercían el dominio imperialista sobre aquellos países y un conglomerado de fuerzas burguesas, pequeño burguesas y proletarias. Pese a esta diferencia, rige el mismo criterio que el anteriormente definido. Este suele criticarse afirmando que, de hecho, este tipo de enfrentamientos constituyeron simplemente luchas interburguesas, de tipo imperialista, en las que una burguesía emergente y más dinámica que la vieja potencia colonial quería arrebatarle a esta el puesto. Este tipo de objeciones ignora el papel que las guerras de liberación nacional han tenido como factor acelerador de la proletarización de amplios estratos de la población campesina de las regiones coloniales, por lo tanto como liberador de fuerzas productivas que necesariamente se enfrentarán al orden capitalista. Ignora, también, la importancia que tuvieron para la aparición de un proletariado organizado y en condiciones de enfrentarse a su propia burguesía. E ignora, finalmente, la importancia que tiene, en todo momento, el debilitamiento del orden imperialista internacional, que no es inmune ante este tipo de sacudidas y que, de hecho, requirió de la colaboración de las grandes potencias (y también de las potencias emergentes como China) para mantenerse. En pocas palabras, este tipo de críticas continúa manteniendo la vieja posición anti marxista que niega la variedad de variables históricas que determinan la naturaleza de los enfrentamientos bélicos y que las cataloga en función de un sistema totalmente abstracto que es incapaz de valorar las circunstancias que concurren en cada situación.

Citamos a continuación dos párrafos de nuestro texto *El ardiente despertar de los «pueblos de color» en la visión marxista*.

Hoy, el «indiferentismo» se escuda tras el pretexto de que los movimientos coloniales tienen un origen y un contenido ideológico (y, en parte, también social) burgués y se prestan a ser maniobrados por los bloques de los imperialismos rivales. Aquí está la insidiosa traición. Lo que bloquea el proceso de radicalización de los movimientos coloniales, lo que encierra sus perspectivas en los límites del programa y de fuerzas sociales burguesas y, por consiguiente, lo que los expone a la posibilidad de una cínica explotación de parte del gran capital parapetado tras los muros de la Casa Blanca o del Kremlin, es, precisamente, la indiferencia (que, por otra parte, en el terreno de las luchas de cla-

ses significa paso al enemigo) del proletariado revolucionario y, peor aún, de su Partido. Es la renuncia a la tarea que le ha confiado no Marx, Engels o Lenin, sino la historia de la que ellos fueron los portavoces, lo que castra un fenómeno histórico tan cargado de posibilidades futuras. Desde hace años, y casi todos los días, el rudo puño de los «hombres de color» golpea a la puerta, no de los burgueses, sino de los proletarios de las metrópolis. Esto no es una metáfora, pues los proletarios belgas de 1961 o los proletarios franceses que llevaron adelante las grandes huelgas de los años pasados, responden y respondían, conscientemente o no, poco importa, a la «ola de desorden» que se desencadenaba en la selva congoleña o en el bled argelino. Esta respuesta es dada por los movimientos que irrumpen en toda la extensión de la clase proletaria, pero no viene de su supuesto partido, o, cuando viene de él, es lo contrario de la respuesta de la gran tradición revolucionaria: es la respuesta llorona de la democracia, de la conciliación, de la diplomacia, del patriotismo, o es la respuesta, no menos repugnante, de la «indiferencia» altiva y despreciativa. ¡Puaj, movimientos burgueses! Y sin embargo, en el Congo, el primer toque de alarma, en 1945 como en 1959-60, vino de gigantescas huelgas, no desencadenadas seguramente por burgueses, sino por auténticos proletarios (...). ¿No era acaso burgués el horizonte de febrero de 1848 y febrero de 1917? ¿Acaso la «primera revolución» rusa no hubiese caído definitivamente en las manos del imperialismo y de la guerra si los bolcheviques, en lugar de asumir la responsabilidad de llevarla más allá de sí misma, se hubiesen parapetado en la estúpida fortaleza de la «indiferencia»?

El proletariado revolucionario occidental debe recuperar el tiempo y el espacio trágicamente perdidos por seguir el espejismo de las soluciones democráticas de un problema que, a escala mundial, sólo puede resolver la revolución comunista. No puede exigir de los movimientos coloniales algo que sólo depende de él. Pero, aun así, los saluda con una pasión devoradora. Aun así, porque son la única chispa de vida en un presente mortífero que perturba el equilibrio internacional del orden establecido (más adelante veremos que la «explotación de los movimientos coloniales por parte de los imperialistas» debe ser tomada con muchas reservas); porque catapultan en la arena de la historia a gigantescas masas populares (que abarcan incluso masas proletarias) que hasta ahora vegetaban en un «aislamiento sin historia»; porque aun cuando pudieran reducirse - pero la dialéctica marxista se niega a ello - a movimientos puramente burgueses, criarían en su seno a los sepultureros que el occidente putre-

facto, hundido en una prosperidad estúpida y asesina, arrulla en un sueño más profundo que el que provoca la «droga soporífera que se llama opio»; porque en definitiva, en una tradición de una historia que tiene más de un siglo, son «revolucionarios a pesar suyo». Esto es algo que, para los burgueses y los indiferentistas radicales de hoy, como para los que Marx ridiculizaba en una carta de 1853 a Engels, es demasiado shocking, demasiado escandaloso, pero no para nosotros, no para los marxistas dignos de ese nombre. (3)

Todo esta larga visión general acerca de los problemas teóricos de la guerra, tal y como los plantea la doctrina marxista sobre el terreno de la valoración práctica, no es un ejercicio de retórica. Tiene como función fijar unos puntos de referencia mínimos, con los cuales se pueda afirmar que, con ellos, se comparte el posicionamiento marxista básico al respecto de este problema y que, contra ellos, se niega este posicionamiento. Nos referimos, por lo tanto, a estos textos básicos y a este lineamiento general para poder abordar una serie de valoraciones fundamentales.

La primera de ellas es que, superada la fase revolucionaria de la burguesía ascendente y sus guerras «progresivas», los enfrentamientos entre naciones burguesas ya no pueden, nunca, tener el carácter de guerras revolucionarias, ciñéndose simplemente al modelo imperialista caracterizado por Lenin:

El imperialismo es la fase superior del desarrollo del capitalismo, fase a la que sólo ha llegado en el siglo XX. El capitalismo comenzó a sentirse limitado dentro del marco de los viejos Estados nacionales, sin la formación de los cuales no habría podido derrocar al feudalismo. El capitalismo ha llevado la concentración a tal punto, que ramas enteras de la industria se encuentran en manos de asociaciones patronales, trust, corporaciones de capitalistas multimillonarios, y casi todo el globo terrestre está repartido entre estos «potentados del capital», bien en forma de colonias o bien envolviendo a los países extranjeros en las tupidas redes de la explotación financiera. La libertad de comercio y la libre competencia han sido sustituidas por la tendencia al monopolio, a la conquista de tierras para realizar en ellas inversiones de capital y llevarse sus materias primas, etc. De liberador de naciones, como lo fue en su lucha contra el feudalismo, el capitalismo se ha convertido, en su fase imperialista, en el más grande opresor de naciones. (4)

En este sentido, las guerras imperialistas juegan un papel de conservación social, traban el desarrollo de la

lucha de clase del proletariado y, por lo tanto, no desempeñan ningún tipo de papel progresivo. Mucho menos aquellas guerras llamadas «defensivas» en las que una potencia manifiesta ser agredida por otra y reclama por ello el apoyo «popular» en nombre de la justicia. Este tipo de propaganda puramente burguesa únicamente sirve para fortalecer la unión sagrada entre proletarios y burgueses, facilitando el encadenamiento de los primeros a la defensa del interés nacional que reclaman los segundos.

Nuestra segunda valoración se sigue inmediatamente de esta. En la fase actual del desarrollo capitalista y sin negar que alguna región remota del planeta pueda contemplar aún una guerra, siempre a pequeña escala, con un carácter más o menos progresivo, la clase proletaria sólo tiene un consigna que defender frente a la guerra burguesa: el derrotismo revolucionario, la lucha contra la propia burguesía, sin atender a más consideraciones de tipo «táctico» o «estratégico». Obviamente esta consigna, esta manera de afrontar el más que seguro enfrentamiento militar a gran escala que tendrá lugar en las próximas décadas, no tiene sentido si no se entiende como consecuencia de la maduración política de la clase proletaria. Hoy, esta se encuentra completamente sometida a la burguesía, tanto en el terreno político, como en el sindical como, por supuesto, en el militar. La guerra y el previo acelerarse de las contradicciones sociales que empuja hacia ella deberán servir como reactivo para que esta sumisión vaya debilitándose. Pero, en cualquier caso, es trabajo del partido de clase defender, en todo momento, que la única política aceptable para el proletariado es la de la lucha contra su propia burguesía porque, aún cuando esto parece tener hoy poco predicamento, contribuye a afirmar no sólo una posición política sino toda una perspectiva para un futuro cercano pero no inmediato.

Este es el tercer punto crítico para nosotros: el partido de clase no sólo niega el carácter pacífico y equilibrado del modo de producción capitalista, sino que coloca la guerra como punto central de su desarrollo. Y definiendo entre los proletarios esta perspectiva de una manera no sólo formal, sino mostrando con los datos que proporciona el registro histórico y la actualidad la verdad de esta afirmación. Nuestra lucha política en defensa del internacionalismo como terreno de batalla proletario contra el encuadramiento nacional y la solidaridad entre clases que este trae consigo, no es abstracto, sino que se plantea sobre los

hechos que la realidad muestra diariamente. Nuestra defensa de la necesidad de la lucha revolucionaria tiene sentido porque parte de un hecho real que vuelve esta necesidad algo objetivo.

(continúa en el próximo número)

NOTAS AL TEXTO:

1) De *Guerra y revolución*, en *El Programa Comunista* nº31, junio-septiembre de 1.979

(2) *Íbid.*

(3) *El ardiente despertar de los «pueblos de color» en la visión marxista. El programa comunista* N.º 36, Octubre-Diciembre de 1980

(4) *El socialismo y la guerra*. Lenin, 1915. Obras escogidas, tomo 6. Ediciones Progreso.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pinguino, 11, barrio de Pajarillos, Valladolid).

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

- Il comunista -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 4 € £ 3; 8FS;
América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 3 € £ 2; 8FS;
América Latina:US\$ 1,5; USA-Cdn:US\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 € 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 € £ 1, 3 CHF.

Covid-19, control social y «recuperación económica»

La epidemia de Sars-CoV2 que, desde su primera aparición en otoño de 2019, la burguesía no ha podido ni querido contener, sino que la ha hecho extenderse por todo el mundo -como si fuera un arma química- se ha transformado en unos pocos meses en una verdadera pandemia. Ahora se sabe que China, donde se desarrolló por segunda vez dieciséis años después de la primera aparición de este coronavirus, no dijo una palabra al respecto durante meses por temor a que tuviera repercusiones económicas negativas, ya experimentadas parcialmente en 2003, momento de la primera aparición del Sars-CoV (síndrome respiratorio agudo severo, causado por un patógeno llamado Coronavirus). Y se sabe que la OMS, informada de esta epidemia, la hizo pública el 30 de diciembre de 2019 y que sólo a finales de febrero de 2020 alarmó al mundo por su alta contagiosidad y letalidad. Ello no impidió que Gran Bretaña y Estados Unidos, seguidos de Brasil, consideraran esta nueva neumonía como una gripe estacional contra la que no era necesario tomar más medidas que las habituales con respecto a la gripe estacional que se presenta todos los años en invierno. Mientras tanto, el comercio entre China, América y Europa continuó como de costumbre por aire, mar y tierra. Pero cuando los hospitales italianos, alemanes, británicos y estadounidenses comenzaron a llenarse con un número cada vez mayor de personas infectadas con Sars-CoV-19, los distintos gobiernos ya no pudieron ocultar la gravedad de la situación. Una gravedad, progresivamente aumentada, producida por la combinación de varios factores: en primer lugar, la demora criminal con la que se reconoció la epidemia de Sars-CoV (síndrome ya conocido gracias a su aparición en China y el sudeste asiático en 2003, con sus 812 muertes de 8.439 infectados), luego una criticidad crónica de las estructuras de salud pública en todos los países industrializados y, posteriormente, la actitud de los gobiernos burgueses de intervenir con medidas administrativas y sociales de confinamiento y represión como si estas pudieran sustituir a las medidas sanitarias dada la gravedad de la situación, por otra parte idealmente prevista por la OMS sobre la base de la experiencia del Sars-CoV de 2003.

Ya se había iniciado en China una investigación en profundidad sobre los coronavirus de la familia Sars en el momento de la primera epidemia de Sars-CoV en 2003 (que comenzó en China, en la provincia de Guandong) (1); se temía que esta enfermedad, desconocida hasta entonces, se extendiera fuertemente por todo el mundo, poniendo en crisis las economías de todos los países afectados. De hecho, esta epidemia se extendió en su momento a 32 países, principalmente China y Hong Kong, pero también Canadá, Taiwán, Singapur, Vietnam y Estados Unidos; Se detectaron un total de 8.439 infectados, de los cuales 812 fallecieron. El 5 de julio de 2003, en un comunicado, la OMS argumentó que «*la cadena humana de transmisión del virus del SARS parece haberse interrumpido en todas partes del mundo*», y agregó que «*esto no marca el final del SARS hoy, pero tomen nota de un resultado importante: se ha contenido la epidemia global de SARS*» (2). En realidad, dada la insuficiencia crónica de las

estructuras de salud pública no solo en países capitalístamente débiles, sino también en países súper avanzados, la contención de esta epidemia se debe más a ese coronavirus en particular que ha agotado su virulencia en 18 meses, que no a la intervención de la ciencia y los poderes burgueses. La epidemia de Sars-CoV disminuyó en la primavera de 2004, y la investigación, iniciada con vistas a la producción de vacunas *ad hoc*, ante la desaparición del coronavirus, se interrumpió. La OMS advirtió, en todo caso -dada la habitual venta de animales salvajes vivos, para comérselos, en los concurridos y poco higiénicos mercados de China y del sudeste asiático- que este tipo de coronavirus podría reaparecer en los próximos años.

No es casualidad, de hecho, que Gro Harlem Brundtland, directora general de la OMS, declarara en su momento que «*Sars es una advertencia. (...) ha llevado incluso a los sistemas de salud pública más avanzados a un punto de inflexión. Estas protecciones se sostuvieron, pero a duras penas. La próxima vez, puede que no tengamos tanta suerte. Tenemos una oportunidad ahora y vemos claramente lo que necesitamos, para reconstruir las defensas de salud pública. Serán necesarios para la próxima epidemia mundial, ya sea Sars o cualquier otra infección. (...) Sars nos está enseñando muchas lecciones. Ahora necesitamos traducir estas lecciones en acción. Puede que tengamos poco tiempo, y debemos usarlo sabiamente*» (3).

Si los 8.439 infectados con Sars-CoV, de los cuales 812 murieron, en su mayoría mayores de 60 años, llevaron a los sistemas de salud más avanzados a un punto de inflexión, y Brundtland agregó que «*debemos recordar a todos esos trabajadores de primera línea (operadores de salud y hospital) que murió de Sars. Su dedicación, coraje y vigilancia diarios evitaron una catástrofe global*»: ¿cuánto más allá del punto crítico han ido los sistemas de salud italianos, alemanes, franceses, estadounidenses, británicos, canadienses, israelíes, etc. frente a los más de 266 millones de infectados en el mundo desde el inicio de la pandemia por Sars-CoV2, y más de 5 millones de muertos? De 2003 a 2019 han pasado 16 años (ciertamente «poco tiempo» como predijo Brundtland) y no se ha avanzado en el frente de los sistemas de salud pública, al contrario, se ha seguido recortando la salud pública favoreciendo a la privada. No solo eso, además todos los gobiernos apuntaron de inmediato a la producción de millones y millones de dosis de vacunas, descartando cualquier intervención para fortalecer el sistema de salud pública y la medicina territorial, dejando a los hospitales y al personal médico y hospitalario en la peor situación jamás vista: *la Las defensas de salud pública*, muy reclamadas por la OMS en 2003, que se hicieron necesarias para la próxima epidemia mundial, se han ignorado por completo. La salud pública, para el capitalismo, es ciertamente un costo, mientras que la salud privada es en su mayor parte rentable; todo hospital es una empresa sujeta a la ley de la ganancia, por lo que las inversiones, incluso las estatales, van cada vez más hacia la sanidad privada. Los ricos, los acomodados, los empresarios, la burguesía media-alta son

tratados en clínicas privadas; los proletarios, el populacho, no pueden dejar de recurrir a la salud pública, al «servicio nacional de salud» y ciertamente no son los «boletos» pagados para la admisión de cada hospital los que ahorran sus facturas. ¡La salud de la ganancia capitalista ante todo! Y que los hospitales son un coste y no una ganancia lo demuestra el hecho de que -tomando solo los datos italianos disponibles de la última década (2010-2019)- en diez años se han cerrado 173, entre públicos y privados, camas y personal sanitario: las estructuras del sector público, en 2010, representaban sólo el 46,4% del total; en 2019 cayeron un 41,3%. El número de camas disponibles, entre públicas y privadas, disminuyó en 43.471; el personal de salud (médicos, enfermeras, etc.) disminuyó en 42.380 unidades; y los médicos de familia también han disminuido: de 45.878 en 2010 a 42.380 en 2019 (4). Y solo estamos hablando de la última década, pero los recortes comenzaron en las décadas anteriores. Esta es la *sabiduría* del capital que invocó la OMS en 2003... ¡El único «sabio» que cuenta para la clase dominante burguesa es la tasa media de ganancia sobre la que funciona toda la economía capitalista!

Pero ante la hipótesis de una posterior epidemia mundial de Sars-CoV, nada descabellada, la Fundación Bill y Melinda Gates (entre los principales financiadores privados de la OMS) siguió investigando sobre los coronavirus; una nueva pandemia de SARS CoV se daba por muy probable dado que los vínculos entre China (donde es más probable el salto de especies del virus de animales salvajes a humanos) y el resto del mundo -especialmente los países occidentales- estaban destinados a aumentar en progresión geométrica, tanto como para hipotetizar (ver *El Comunista*° 166, diciembre 2020, *Desigualdades y luchas de clases*, y n° 167, ene-marzo 2021, *Covid-19: un año de tremendas confirmaciones*) que este

Semejante catástrofe, mucho peor que la «española» de los años 1919-1920, sólo podía ser música para los oídos de los capitalistas, no sólo para los capos de las grandes farmacéuticas -sus gigantescas ganancias gracias a las vacunas «anti-Covid» están previstas desde hace tiempo- sino también para los mismos gobiernos burgueses que tienden a aprovechar siempre toda catástrofe en dos líneas fundamentales: el *estado de emergencia*, inevitablemente declarado ante toda catástrofe, hace que sus decisiones políticas y económicas sean mucho más rápidas y con menos trabas burocráticas y político-parlamentarias, y el *miedo* que produce la catástrofe sanitaria -a la altura de cualquier «catástrofe natural» como terremotos, tsunamis, inundaciones, etc. - además, al culpar a un enemigo «invisible» (el coronavirus), tiende a paralizar a la población, y en particular al proletariado, facilitando la labor burguesa de control social, aplastando aún más a las masas proletarias en condiciones de absoluta dependencia de la intervención de Su Majestad el Estado.

Como siempre hemos sostenido, el capital prefiere la «cura», la «reconstrucción», el «remedio» a la «prevención». Los gobiernos burgueses nunca encuentran capital para la prevención, pero encuentran cantidades gigantescas para la reconstrucción después de la catástrofe, ya sea que esto sea causado por fenómenos «naturales» -por cierto, raros- o causado por la actividad industrial capitalista. Y la historia de las vacunas anti-Covid lo demuestra claramente. Todo poder

burgués no ha ocultado que lo más importante de todo es restablecer los ciclos económicos de producción e intercambio interrumpidos por la catástrofe, en este caso la «salud». Para lograr este objetivo, la burguesía necesita que los proletarios estén convencidos, por las buenas y por las malas, de someterse a un régimen aún más autoritario que justifica con un estado de emergencia. Restricciones, confinamientos, lockdowns, zonas rojas, naranjas o amarillas, cierres de negocios, suspensiones de trabajo y despidos, imposición de vacunas y pases para trabajar, moverse, vivir en el día a día: todo esto es parte del «paquete de medidas» que la burguesía no puede dejar de adoptar, más allá de la cantidad y calidad de las medidas escalonadas en el tiempo. Como en tiempos de guerra, así en tiempos de crisis sanitaria, aún más global, todas las burguesías se ven obligadas a regimentar a toda la población, y al proletariado en particular, según las necesidades de defensa y «recuperación» de la economía de cada país... y de acuerdo con las necesidades del comercio en los mercados internacionales de los que han dependido durante mucho tiempo las economías de todos los países, especialmente de los países capitalístamente más avanzados. Por supuesto, la política burguesa, mentirosa siempre, debe encontrar un «enemigo fuera» de su propio poder al que culpar de la crisis: fascismos y regímenes totalitarios en lugar de plutocracias, imperialismo occidental en lugar de imperialismo oriental, el estado vecino más cercano, fuerte y prepotente en lugar de la fe religiosa que mueve a las poblaciones unas contra otras. Aunque las clases burguesas, por su naturaleza, siempre han estado en guerra entre sí, hay un enemigo que las une, y no es un enemigo «invisible» como puede ser el coronavirus Sars-CoV-2: es un enemigo muy enemigo visible, aunque hoy sólo potencial, y es el proletariado, es decir, la clase obrera asalariada de cuya explotación vive la burguesía de todos los países.

La clase burguesa, en doscientos años de dominación política y social, ha pasado de su fase revolucionaria euroamericana que duró unos ochenta años (1789-1870), a una fase de desarrollo mundial de cuarenta y cinco años (1870-1915) que la llevó a la primera guerra mundial imperialista, período en el que perdió toda posibilidad histórica de progreso real de la sociedad, mientras que la clase del proletariado, dirigida por su partido de clase, resultó ser la única clase revolucionaria frente a todas las demás. clases (feudal, burguesa, tribal y asiática-esclava) como lo prefiguró el *Manifiesto* de Marx-Engels de 1848. La burguesía inevitablemente ha enterado su principal orgullo político: la democracia liberal. El inexorable proceso de concentración y centralización económica (característico de la fase imperialista del capitalismo) requería una centralización política que -debido al desarrollo desigual del capitalismo- encontró expresión tanto en la democracia formal (en los países euroamericanos superindustrializados) como en la formas autoritarias y totalitarias (en países como Rusia y China que salían a marchas forzadas del precapitalismo. El período fascista de la burguesía no fue sino la expresión de la dictadura política más abierta que caracterizó al poder burgués en los países capitalistas europeos, que más que otros corrieron el «peligro» de la revolución proletaria y comunista en los años de la primera posguerra mundial, con la ola de 1917, de la revolución de octubre en Rusia y, tres años

después, de la constitución de la Internacional Comunista en 1919-1920, que aspiraba a ser el estado mayor de la revolución proletaria mundial. En la Segunda Guerra Mundial los llamados poderes democráticos ganaron militarmente; pero su victoria militar se convirtió en victoria política sobre sus respectivos proletarios gracias al injerto en su política de gobierno de las políticas sociales adoptadas y puestas en práctica por el fascismo, en particular la colaboración entre las clases institucionalizadas a través de la implicación institucional de todas las organizaciones políticas y sindicalistas del proletariado y la política de redes de seguridad social con las que silenciar las necesidades más urgentes del proletariado. Esta democracia fascitizada domina desde hace setenta años Europa y las Américas, a pesar de que la sociedad burguesa ha sido golpeada por una crisis tan grande como la mundial de 1975, y por una serie de crisis económico-políticas que han puntuado los últimos 45 años haciendo estallar guerras locales en todos los continentes en los que las mayores potencias imperialistas del mundo han estado cada vez más presentes, excepto hasta ahora China, en cuyo desarrollo imperialista las preocupaciones de todas las demás potencias se han centrado durante mucho tiempo, y no solo a causa de las epidemias coronavirus.

Es lógico que, en su labor de lapidación masiva, las instituciones democráticas burguesas tengan la tarea de propagar su presunta propensión a interesarse por el «bien común» de lo que llaman descaradamente la «comunidad internacional» (es decir, el conjunto de países unidos en la ONU, incluidos los imperialistas); en el caso de la OMS (Organización Mundial de la Salud, agencia de las Naciones Unidas especializada en temas de salud), tiene la tarea de recopilar información de todos los países sobre la aparición de enfermedades, sobre las estructuras de salud pública relacionadas y sobre los resultados de las investigaciones médicas realizadas por actualizándolos constantemente para dar la información necesaria para que cada país, de acuerdo con la pujanza de su economía y el control social del poder nacional, esté preparado para enfrentar epidemias y pandemias a fin de reducir al mínimo posible las consecuencias económicas negativas. Por otro lado, el poder político burgués de cada país tiene la tarea de salvaguardar y defender la economía nacional con todos los medios a su alcance (políticos, diplomáticos, económicos, financieros, militares) contra cualquier «interior» o «externo», y sobre todo a la competencia extranjera. Desde hace más de un siglo que el capitalismo ha desarrollado su fase imperialista, es decir, la fase en que la economía de cada país está dominada por monopolios, grandes trusts, famosas multinacionales que condicionan todo sector económico, en la producción, en la distribución, en recursos financieros, cada poder nacional burgués es cada vez más el brazo armado del capitalismo imperialista. Por tanto, más allá de la propaganda con la que la burguesía ensalza, a nivel internacional, la cooperación, la cultura y la ciencia por las que la humanidad no debería tener fronteras, la dura realidad de la estructura capitalista de la sociedad actual revela que las relaciones de producción y las propiedades burguesas conducen en exactamente en la dirección opuesta, es decir, en la dirección de la agudización de los conflictos interimperialistas y de la presión social con-

tra el proletariado en todos los países. Y es precisamente en la perspectiva del aumento del empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo del proletariado y de las inevitables reacciones a nivel social -algo que la burguesía de cada país mantiene siempre bajo estrecha observación- que todo gobierno se ve empujado a aumentar su propio control social, aumentando y refinando sus propias formas autoritarias (siempre revestidas del «bien común» democrático) en las que encauzar a las masas proletarias.

Las manifestaciones que se han producido durante meses contra la obligación encubierta de vacunación y el abiertochantaje antiproletario de la obligación del *Green pass* incluso para ir a trabajar, en su ilusoria reivindicación de democracia y derechos constitucionales, son en todo caso una expresión de un descontento que ronda la sociedad desde hace años. Con los cierres, confinamientos, bloqueos y múltiples restricciones emitidas por los gobiernos en su «guerra contra el Covid-19», se involucraron no solo los proletarios, sino también las capas más débiles de la pequeña burguesía que, obviamente, se rebelan por su ruina y porque no quieren precipitar su proletarización. Según datos recientes de Istat, alrededor de 6 millones de habitantes en Italia se encuentran en la pobreza absoluta: ¡el 10% de la población! Y lo cierto es que esos 6 millones no sólo están formados por parados crónicos, ancianos sin pensión y marginados, sino también por pequeños burgueses que se han arruinado por haber perdido todo su patrimonio personal.

Además de ser una señal del descontento generalizado, estas manifestaciones son también una salida a ese malestar, que la burguesía dominante prefiere mil veces a las huelgas y movilizaciones obreras. Los prefiere porque sabe, por experiencia, que estas manifestaciones no solo nunca pondrán en peligro el poder dominante de la burguesía, sino que también pueden canalizar las fuerzas proletarias al distraerlas y desviarlas de su potencial lucha de clases. Es un hecho, sin embargo, que los proletarios aún no se han rebelado con fuerza contra el chantaje del *Green pass* para ir a trabajar: la vida de todo proletario depende del salario; suspenderlo o quitárselo hasta que se presenten en el lugar de trabajo con el carné de vacunación significa que están sujetos a un doble chantaje. De hecho, al chantaje básico ya constituido por el trabajo asalariado -es decir, un salario ofrecido por el patrón capitalista, en condiciones ventajosas sólo para él-, se suma el chantaje de la obligación de vacunar sobre el que, además, ningún comité científico apuesta por su «inmunización» efectiva, como lo demuestran los constantes recordatorios presentados como necesarios en el espacio de algunas semanas y meses.

Más allá de los efectos positivos que puedan o no tener las vacunas anti-Covid, es evidente que la verdadera prevención desde la aparición de epidemias como la del Sars-CoV2, VIH, Ébola o similares, no está en las vacunas, sino en una relación con el entorno natural completamente diferente al que estableció la sociedad capitalista. Basta pensar en la destrucción de los ecosistemas en los distintos continentes, y son los propios burgueses quienes lo afirman: deforestación, construcción de carreteras e infraestructuras, aumento de tierras agrícolas y de pastos, actividades mineras,

(sigue en pág. 18)

(viene de la pág. 17)

asentamientos urbanos cada vez más grandes, contaminación cada vez más devastadora, etc. Los bosques tropicales, por ejemplo, son ambientes muy complejos y ricos en vida, y «en estos ecosistemas viven millones de especies, en gran parte desconocidas para la ciencia moderna, sin clasificar o apenas etiquetadas y mal entendidas», y entre estas especies hay virus, bacterias, hongos etc. muchos de ellos parásitos (5). Como sabemos, los virus pueden multiplicarse solo dentro de las células vivas de algún otro organismo, animal o planta, y, hasta donde sabemos, en la mayoría de los casos son parásitos «benevolentes» que no pueden vivir fuera de su huésped; pero si el entorno en el que viven y prosperan se desmorona por completo, se ven empujados naturalmente a buscar otros huéspedes, bajo pena de extinción, para evitar los cuales estos parásitos intentan saltar entre especies y llegar al animalhombre. ¿Puede el capitalismo sobrevivir sin destruir el entorno en el que se arraiga y desarrolla? Es imposible. La sociedad burguesa está condenada por su propia estructura económica y social, porque el capitalismo gana en la destrucción y gana más en la reconstrucción. El problema es que la actividad industrial produce todo rápidamente; en brevísimo tiempo se construyen rascacielos, carreteras, aeropuertos, puentes, edificios de toda clase, se desvían y encauzan ríos, y en cortísimos tiempos se destruyen bosques, se aplanan cerros, se horadan montañas, se hormigonan territorios enteros. Una crisis económica mundial puede detener parcialmente esta hiperactividad industrial, destruyendo una parte de la producción y una parte de la mano de obra asalariada empleada en la producción y distribución. Pero, si en esta crisis no maduran los factores conducentes a la revolución proletaria y al establecimiento exitoso de la dictadura del proletariado, la burguesía capitalista logra superarla, a costa de gigantescas catástrofes, tanto materiales como humanas, con medios que no sirven para nada, pero prepárate para la crisis, más profunda y más devastadora. La demostración la da el mismo curso de desarrollo del capitalismo que ha ido de crisis en crisis durante al menos ciento ochenta años: crisis comerciales, económicas, bancarias, monetarias, financieras, políticas y bélicas que se suceden sin solución de continuidad. La burguesía, con cada crisis de su economía y de su sociedad, siempre ha anunciado que puede superarla gracias a las maniobras económico-financieras, a los «cambios de gobierno» y a la «recuperación» económica estimulada por la intervención del Estado para lo cual se refiere a la «cohesión nacional» más fuerte: por lo tanto, el proletariado está llamado a soportar los más duros sacrificios en aras de la recuperación económica capitalista, de la cual la burguesía saca la máxima ventaja social y las máximas ganancias, fortalece su dominio sobre la sociedad y pliega a las masas proletarias aún más despiadadamente a la esclavitud asalariada, la desigualdad, la miseria y el hambre. El «bien común» para los burgueses es simplemente el bien de los burgueses a expensas del proletariado y de las poblaciones más débiles: proletariado y poblaciones que deben someterse a Su Majestad el Capital.

La actitud burguesa no cambia ante una crisis sanitaria como la del Covid-19: el «bien común» invocado al apelar al proletariado enmascara en realidad la verdadera maniobra

de fondo, a saber, impedir que el proletariado se ocupe de sus intereses de clase, y tu vida diaria.

Los intereses de clase del proletariado están inevitablemente ligados a la condición de trabajador asalariado que lo caracteriza. Este es el nudo que el proletariado debe deshacer. Mientras acepten como destino ser trabajadores **asalariados**, aunque formen parte de la clase obrera frente a la clase burguesa (extorsionadores de la plusvalía), los proletarios nunca saldrán del sometimiento ideológico y político de la burguesía; siempre serán parte del mecanismo económico y social que produce la ganancia capitalista, siempre serán un accesorio de la máquina industrial capitalista. El proletariado podrá desatar el nudo que lo ata a la máquina industrial capitalista y su conservación si se rebela como clase contra su condición de vida que se hace cada vez más insoportable, rompiendo el lazo que lo ata a la explotación capitalista. Los proletarios tendrán que reconocerse no sólo como trabajadores asalariados de esta sociedad, sino como los únicos verdaderos productores de toda la riqueza social, riqueza de la que se apropia la burguesía excluyendo por completo al proletariado de poder disfrutar aunque sea de una pequeña parte de ella, si no al precio de someterse a la esclavitud asalariada. Y, como productores de riqueza social, reconocerse como la clase portadora de un futuro revolucionario en el que todas las categorías capitalistas (capital, salario, explotación del hombre por el hombre, producción de mercancías, dinero, propiedad privada) junto con todos los valores culturales y políticos burgueses se eliminará la simbología (nacionalismo, racismo, opresión social, patriotismo, confesionalismo), porque se eliminará la división de la sociedad en clases, y se superará por una organización social mundial racional y armoniosa en la que el trabajo será una alegría y no un tormento, y las relaciones humanas se caracterizarán por la libre expresión de las capacidades de cada uno en plena y natural cooperación general: lo que, en una palabra, llamamos comunismo, la sociedad de las especies en la que el conocimiento y la ciencia, por fin, ya no estarán al servicio de la ganancia capitalista, sino al servicio de la vida social humana en una relación positiva, y no enfrentada a la naturaleza.

Desde esta perspectiva, es fácil entender que la obligación del *Green pass* para ir al puesto de trabajo no es sólo una medida autoritaria tomada por el «bien común», para «proteger» a la población del contagio y la posible muerte debido a Covid-19, sino que es parte del juego macabro que las pone en marcha la burguesía sobre la piel de los proletarios. Al principio no se hizo nada para prevenir una epidemia de este tipo, a pesar de que tenía conocimiento suficiente de ella aunque sólo sea para limitar su propagación; con ello, se demostró que no se tenía ni la voluntad, ni los métodos y medios para limitar que en las áreas donde aparecía; más tarde se dejó que esta epidemia se propagase por todo el mundo, jugando con las posibles ventajas de uno u otro país en la competencia internacional; por último, se centra la respuesta exclusivamente en las vacunas, mortificando y el debilitamiento de la medicina territorial y la ofrenda a Covid-19 cientos de millones de infectados y millones de muertos, que se ha erigido como el salvador de la humanidad contra un «enemigo» a los que en realidad se ha facilitado su avan-

ce, su supervivencia y sus mutaciones. Por otra parte, en dos años desde el inicio de los establecimientos de salud de pandemia, públicas han no sólo no se ha fortalecido, tanto como las instalaciones y, como personal médico y de hospital, pero se han visto obligados a dar prioridad a las hospitalizaciones de las personas infectadas con Covid-19, dejando atrás en masa a los enfermos de otras patologías graves. Uno de los problemas fue amortiguado por un lado, pero otros igualmente graves se abrieron por el otro. La campaña de vacunación, que ya se inició a mediados del año pasado, se ha convertido en el alfa y omega del problema Covid-19, y se ha convertido en el pretexto para que los proletarios que se sienten culpables si no lo hicieron vacunar; los test de hisopos moleculares y antigénicos, que sirve para demostrar que no son positivos para Covid-19, se adoptó con el fin de no aumentar la tensión social demasiado y forzar, de otra forma (el del coste económico considerable que debe soportar de forma individual cada dos días) a que los trabajadores se vacunen.

Como era de esperar, tras decretar la campaña de vacunación de los menores de 12 años, los gobiernos se plantean pasar a la obligatoriedad de vacunación declarada oficialmente (algunos ya lo han hecho como en Austria) y la prórroga del estado de alarma por pandemia contra un virus que de ninguna manera es derrotado. La «recuperación económica» dicta la ley, especialmente en aquellos países, como Italia, donde este año el PIB superará en un 6% al del año pasado -«una oportunidad que no se puede desaprovechar», como siguen defendiendo empresarios y políticos. ¡Una recuperación que ha costado un aumento del paro en general y de las mujeres y los jóvenes en particular, de la precariedad, de la miseria absoluta, de las muertes en el trabajo!

Es contra todo esto que los proletarios deben mirar hacia arriba, mirar hacia una realidad que los oprime, los asfixia, los mata, y luchar contra ella y contra las fuerzas de conservación social, especialmente las camufladas por los «representantes de los trabajadores» mientras sistemáticamente sabotear toda reacción de clase, incluso la más pequeña y aislada.

CGIL y UIL han convocado una huelga «general» para el 16 de diciembre porque el Gobierno de Draghi no ha acordado con ellos unas medidas de apoyo a los trabajadores amenazados de despido, despido o búsqueda de trabajo. El otro sindicato de la trinidad colaboracionista, la CISL, se ha desvinculado porque en esta delicada fase de recuperación económica no cree que deba ponerle una llave al gobierno que gestiona los miles de millones de fondos europeos. Una huelga a partir de la cual los grandes sindicatos tradicionales intentan ganarse la confianza de sus afiliados, pero que será muy débil porque, aunque tuviera una participación consistente, sería un derroche de energía cobardemente preparado por organizaciones que ellos se han dedicado siempre y por completo a las necesidades de la economía nacional, su buen desempeño, su rentabilidad, su capacidad para competir a nivel internacional, arrodillándose sistemáticamente ante Su Majestad el Capital, oponiéndose a los intereses reales de la clase proletaria.

La huelga, además general, es un arma poderosa en el conflicto de clases a **condición de que sea preparada, organizada, dirigida y realizada en el terreno de la lucha de clases, con métodos y me-**

dios de clase, en defensa exclusiva de los intereses de clase proletarios. Pedir al gobierno que sea tratado como parte activa en las políticas presupuestarias, en materia de inversiones, reforma tributaria, reforma laboral, etc., como lo hacen en esta ocasión los sindicatos colaboracionistas, y ser apoyado en esta investidura por la movilización huelguística del proletariado, es un nuevo ataque al proletariado, no sólo al nivel de la defensa económica y social, sino también al nivel de su lucha.

Los proletarios no pueden esperar nada bueno de la política de los gobiernos burgueses; tampoco pueden esperar nada bueno de las políticas y prácticas de los sindicatos colaboracionistas que realizan, en nombre de la clase burguesa dominante, la tarea de bomberos cuando la movilización de los trabajadores se torna dura, de guardianes para que los proletarios en la fábrica no vayan más allá de los límites de las reglas impuestas por los patrones, por los torturadores, cuando se trata de decidir quién debe ser despedido. Menos aún pueden esperar algo bueno de los partidos que todavía tienen cara de llamarse «de izquierda», ahora descaradamente suaves con los poderes burgueses tanto en el terreno parlamentario, en las instituciones, como en las juntas directivas de las sociedades más diversas.

Los proletarios deben volver a organizarse fuera de todas las instituciones, de manera completamente independiente y a nivel de clase. No les queda otro camino que romper con la colaboración de clase y con todas las organizaciones que la apoyan y la implementan. No les queda más remedio que reconocer que la fuerza que potencialmente poseen sólo puede ser utilizada en defensa de sus propios intereses a condición de que se consideren una clase antagonista de la clase burguesa, organizándose como tal. Entonces, incluso ante el chantaje que la clase dominante burguesa pone en práctica contra el proletariado, Covid o no Covid, la respuesta sólo puede ser de clase.

La burguesía ha proclamado la «guerra contra el Sars-CoV2», llamando a los proletarios a la unidad nacional, a una fuerte cohesión nacional gracias a la cual se puede ganar esta «guerra». Pero, en realidad, la guerra que libra la burguesía es una guerra no contra el coronavirus sino contra el proletariado; una guerra no declarada oficialmente, de hecho, mistificada con medidas que pasan por ser la mejor protección contra el contagio y la muerte por Covid, cuando, al mismo tiempo, las medidas de seguridad en el trabajo están sistemáticamente ausentes, las lesiones y muertes en el trabajo están en la agenda, la nocividad en el lugar de trabajo es la norma, así como la intensificación del ritmo de trabajo, la precariedad laboral y el aumento de la jornada laboral diaria. ¿Cómo es posible que la burguesía dominante, que siempre ha tratado y trata a los proletarios como fuerza de trabajo a explotar bestialmente en la paz y como carne de matadero en la guerra por razones estrictamente económicas y de poder, de pronto comience a «proteger» a los proletarios de una epidemia que ella misma ha esparcido por todo el mundo, incluso ganando dinero con ella? En realidad no es posible: la burguesía cambia el collar, pero no el perro. Tiene todo el interés en transformar a los proletarios en autómatas, en máquinas de trabajo, y si para obtener este resultado debe utilizar medidas autoritarias, no hay problema: la pandemia de la Covid-19 le ha dado la oportunidad de desplegar una colosal campaña de miedo, seguido

de una colosal campaña de vacunación, creando así una verdadera adicción -como en el caso de las drogas- a la vacuna anti-Covid. Y así, además de antiinflamatorios, antidepressivos, medicamentos para la hipertensión, sedantes, antibióticos, etc. también hay vacunas contra la gripe, contra el fuego de San Antonio, contra el Covid y quién sabe qué más mañana... De esta manera el sistema inmunológico humano, natural, se debilita sistemáticamente y, por lo tanto, necesita ser reemplazado por inventos, especialmente por las drogas.

Los proletarios no se han dado cuenta en todas estas décadas, aturcidos por las sirenas de la democracia parlamentaria y por el electoralismo, que la burguesía siempre ha maniobrado para hacerlos inofensivos, incapaces de iniciativas fuera de los límites de las reglas burguesas, ilusionándolos de alcanzar un bienestar generalizado y una seguridad de vida que en realidad cada crisis económica ha derribado sistemáticamente. Han aumentado las desigualdades sociales, ha aumentado la precariedad en el trabajo y en la vida, pero también ha aumentado la competencia entre los proletarios, que la burguesía fomenta por todos los medios, porque cuanto más compiten los proletarios entre sí, más se alejan del terreno de la competencia. Lucha de clases.

El problema, por lo tanto, para los proletarios no es solo vacunarse o no, con Pfizer en lugar de Moderna, sino recuperar la independencia de lucha y organización. Y si la reconquista de esta independencia de clase pasa por la lucha contra el *Green pass*, y por tanto contra la obligación de vacunarse, así sea, siempre que esta reivindicación se combata con métodos y medios de clase, por tanto contra la competencia entre proletarios vacunados y no vacunados y contra la competencia entre los proletarios en general y contra la colaboración de clase con los amos y gobernantes. Será la lucha misma, en el terreno clasista, la que dará vida a la organización de clase, independiente de cualquier fuerza burguesa.

Partido Comunista Internacional (El Proletario)

12 de diciembre de 2021

(1) Véase D. Quammen, *Spillover, Animal Infections and the Next Human Pandemic*, de WW Norton & Company Inc., 2012; *Desbordamiento*, Adelphi Edizioni, Milán, 2014.

(2) Ver <https://www.epicentro.iss.it/focus/sars/sars-fine>

(3) *Ibid.*

(4) Ver <http://www.quotidianosanita.it/studi-e-Analysis/article.php> ?

Últimos datos, fuente ECDC Dashboard, 9 de diciembre de 2021: **Francia** casos confirmados 8.048.931 muertes 120.032; **España** casos confirmados 5.246.766 muertes 88.237; **Italia** casos confirmados 5.152.264 muertes 134.472; **Alemania** casos confirmados 6.362.232 muertes 104.512.

<https://www.salute.gov.it/portale/nuovocoronavirus>

(5) Véase D. Quammen, *Spillover*, cit. págs. 41-49.

(viene de la pág. 20)

cias al impagable esfuerzo que PSOE y Podemos están haciendo desde el gobierno para impedir incluso la más mínima respuesta obrera. Junto con estas reformas del marco legal que regula la existencia de los proletarios, las empresas impondrán, sin duda, una serie de rebajas salariales y empeoramiento de las condiciones laborales muy similares a las que siguieron a la crisis de 2008. Y es en este sentido en el que la patronal del metal está abriendo camino, intentando desbaratar cualquier tipo de resistencia y debilitar con ello al conjunto de la clase proletaria.

Y es por eso que la respuesta que los trabajadores del metal de la bahía tiene una importancia que va más allá de lo local, como la tuvo hace pocos meses la lucha victoriosa de los obreros de Tubacex: ambos son ejemplos de que, **en la medida en que los proletarios van más allá de la resignación y de la confianza en las organizaciones del colaboracionismo político y sindical, en la medida en que tienden a desbordar los límites democráticos** que la burguesía ha fijado de antemano para la lucha obrera y busca situarse, aunque sea de manera muy limitada, sobre el terreno de la verdadera lucha de clase, combatiendo con medios y métodos realmente clasistas, rompiendo el aislamiento local o sectorial de su lucha, etc., **pueden vencer.**

En Cádiz estos días, como en Tubacex hace unas semanas, los proletarios responden a la ofensiva de la patronal (que en el caso de la empresa de Euskadi llegó incluso a ofrecerles cobrar sin trabajar a cambio de cesar su lucha: jسته es el miedo que tienen a la clase proletaria cuando se comporta como tal!) y aunque sus luchas parecen dos gotas de agua en un océano de total y absoluta paz social, los próximos años van a poner sobre el tapete, para la práctica totalidad de los proletarios, la necesidad de tomar este mismo camino ante un, más que seguro, brutal empeoramiento de sus condiciones de vida. Para hacerlo deberán saber **romper con la política tradicional de colaboración entre clases**, de servidumbre para con la burguesía, que las organizaciones oportunistas en el terreno sindical (CC.OO. y UGT, por ejemplo) y político (PSOE y UP, ambos partidos del gobierno) quieren conservar a cualquier precio para evitar que la fuerza de la clase proletaria desborde los márgenes del sometimiento que le han impuesto.

¡Por la reanudación de la lucha de clase del proletariado!

¡Por la solidaridad de clase entre todos los proletarios!

¡Por el renacimiento de organismos proletarios de lucha, independientes de las prácticas del colaboracionismo interclasista!

18/11/2021

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org

La patronal y la burguesía piden sacrificios y paz, los proletarios responden con la lucha

Durante ya tres días, las empresas del metal de la bahía de Cádiz, ubicadas principalmente en el mismo Cádiz, en Puerto Real, San Fernando y el campo de Gibraltar, están viviendo una huelga general del sector convocada por los grandes sindicatos UGT, CC.OO. y CGT y otros minoritarios que han mostrado su apoyo a las exigencias que se plantean en la negociación del Convenio Colectivo del metal regional.

Esta huelga tiene lugar después de varias semanas de movilizaciones que fueron protagonizadas, en un principio, por los trabajadores de las empresas auxiliares y que finalmente han forzado a una convocatoria masiva por parte de los sindicatos. Aunque la mayor parte de la prensa, excepción hecha de algunos periódicos locales de la bahía para los que la realidad era imposible de ocultar, ha intentado escamotear la noticia de estas movilizaciones y de la huelga de los días 16, 17 y 18, finalmente el nivel alcanzado por los piquetes, las manifestaciones y los enfrentamientos con la policía, ha hecho inevitable que incluso los principales diarios nacionales hayan tenido que dejar de lado su política de silencio respecto a cualquier movilización proletaria en el país y dar noticia de lo sucedido.

De acuerdo a esta prensa, el día 17 en la ciudad de Cádiz los trabajadores han cortado el puente de acceso a la ciudad, han bloqueado con barricadas las principales avenidas próximas a los astilleros y han logrado bloquear la estación de trenes, todo ello entre fuertes enfrentamientos con la policía que recuerdan a las duras huelgas de la época de la reconversión naval.

En Puerto Real, las principales empresas (Navantia, Dragados y Ales-tis) han estado paradas los días de la huelga, con lo que los polígonos de Río San Pedro y El Trocadero no han tenido actividad. Algunas empresas sencillamente han optado por hacer teletrabajar a sus empleados de administración contando con que la totalidad de los operarios harían huelga y con que los piquetes volverían a ser capaces de bloquear completamente los polígonos. Es de destacar que los trabajadores de Airbus Puerto Real, empresa que se rige por un convenio colectivo propio, no han participado en la huelga: una empresa duramente afectada por los planes de relocalización y cierres de la patronal del metal, cuyos trabajadores han librado una larga lucha contra el cierre de la planta, ha sido aislada por los sindicatos de las movilizaciones del conjunto del sector: Un gran ejemplo de la labor de desorganización y sabotaje de la unidad de clase que estas organizaciones dedicadas a garantizar la colaboración entre clases ejercen siempre.

En San Fernando los trabajadores se han enfrentado durante varias ho-

ras a la policía, llegando a incendiar un coche que parecía ser de la Brigada de Información. Así mismo han bloqueado las entradas a los astilleros militares con barricadas ardiendo, haciendo total el paro en el metal de la ciudad.

Después de estas jornadas de huelga, la situación continúa prácticamente en la misma situación que hace unas semanas. La Consejería de Empleo de Andalucía ha llamado a los sindicatos CC.OO. y UGT a negociar con la patronal la firma definitiva del nuevo convenio colectivo. Por parte de los sindicatos, la exigencia principal es que el actual convenio acabe en 2021 y en 2022 se abone un incremento salarial en función de la inflación «en plazos negociables». Por parte de la patronal, se busca prorrogar el convenio hasta 2023 aplicando subidas salariales del 0,5% y 1,5% durante los dos próximos años, suprimir dos pagas extraordinarias y otras medidas organizativas.

Por su parte los sindicatos, con UGT a la cabeza, han condenado la «violencia» de los trabajadores y han llamado a la calma. Los líderes sindicales, significativamente, han insistido ante la prensa en que ellos están con los trabajadores, se entiende que a modo de justificación por haber dejado a su suerte, durante los últimos meses, a los proletarios de las industrias auxiliares tal y como denuncian organizaciones como la Coordinadora de Trabajadores del Metal, corriente autónoma que ha tenido una cierta presencia en las movilizaciones de las últimas semanas organizando a un buen número de proletarios descontentos con la política tradicional de CC.OO. y UGT.

La lucha de los proletarios del metal en la bahía de Cádiz tiene una importancia que va más allá de sus reivindicaciones laborales concretas. Antes de que la pandemia y las medidas de restricción de movimientos, cierres empresariales, etc. comenzasen, la crisis en el sector del metal era una realidad cada vez más cercana. Casi dos años después, la situación no ha variado en lo esencial: el sector del metal, muy especialmente las empresas dedicadas a la automoción, han abordado un plan de reestructuración de sus plantas en todo el mundo para, apoyadas por todos los Estados y todos los gobiernos, liquidar la capacidad productiva que les sobra, tanto el exceso de capital constante invertido como el exceso de mano de obra contratada. Esto ha llevado a una ofensiva patronal en toda regla encaminada a cerrar todas las instalaciones consideradas excedentes y bajar las condiciones laborales de los proletarios que conserven su empleo. Es el caso de Alcoa en Asturias, Nissan en la zona franca de Barcelona, Tubacex en Euskadi o Airbus en Puerto Real. En todas estas empresas, la patronal ha intentado cerrar, despedir o reducir las condiciones laborales de los trabajadores

empleados en ellas. Y es el caso, también, de los cientos de empresas que, como las grandes del sector de la automoción, hacen uso de las medidas facilitadas por el gobierno PSOE-Podemos para despedir temporalmente a la mano de obra que no les resulta necesaria en un momento determinado.

La lucha de los proletarios del metal en Cádiz, San Fernando y Puerto Real, si bien se plantea en torno a unas exigencias de mínimos salariales, tiene mucha más trascendencia: es la respuesta a unas medidas anti proletarias que la patronal del metal tiene intención de imponer en todo el país. Toma la forma de un enfrentamiento local y parcial, pero da ejemplo a todos los sectores de que, en el próximo año, van a ver cómo sus empresas intentan tomar medidas similares. Respondiendo con la contundencia con la que lo hacen a las exigencias de la patronal, los trabajadores de Cádiz dan un ejemplo de lucha, especialmente en la medida en que con su determinación logran forzar incluso a los sindicatos como CC.OO. y UGT, históricos saboteadores de este tipo de luchas, a colocarse, al menos en apariencia, a su lado para no ser rebasados.

Pero la lucha de los proletarios de la bahía no da ejemplo sólo a los trabajadores del sector del metal. Si las medidas anti obreras que la patronal está tomando en este sector son especialmente duras, es porque para el conjunto de la burguesía el metal es un punto clave: en torno a sus industrias vive buena parte del proletariado fabril en España y este arrastra consigo a los proletarios de muchos otros sectores. En muchas regiones del país, los trabajadores del metal son un factor determinante en las condiciones de existencia del conjunto del proletariado local. En Cádiz, por ejemplo, la región de España donde más paro hay, buena parte de las rentas salariales dependen de este sector. Atacando precisamente ahí, la burguesía pretende golpear al conjunto del proletariado. Es por ello que ha planteado, conjuntamente y a la vez, esta ofensiva. Buscando el mejor momento para ello, justo al finalizar la pandemia pero con las medidas de control social que el Estado ha impuesto aún vigentes, y haciendo acopio de todas las fuerzas disponibles (prensa, organizaciones políticas, etc.) para imponer los términos de la lucha.

A nadie le puede caber ya la menor duda de que los próximos meses van a traer una serie de reformas legales encaminadas a empeorar considerablemente las condiciones de vida de los proletarios: la reforma laboral, que volverá normales los ERTes en todos los sectores, la reforma de las pensiones, que aumentará el periodo de cotización obligatorio, etc. ya están sobre la mesa para la burguesía española, que cuenta con imponerlas gra-

(sigue en pág. 19)

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org